

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIII.

EDITORES—PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

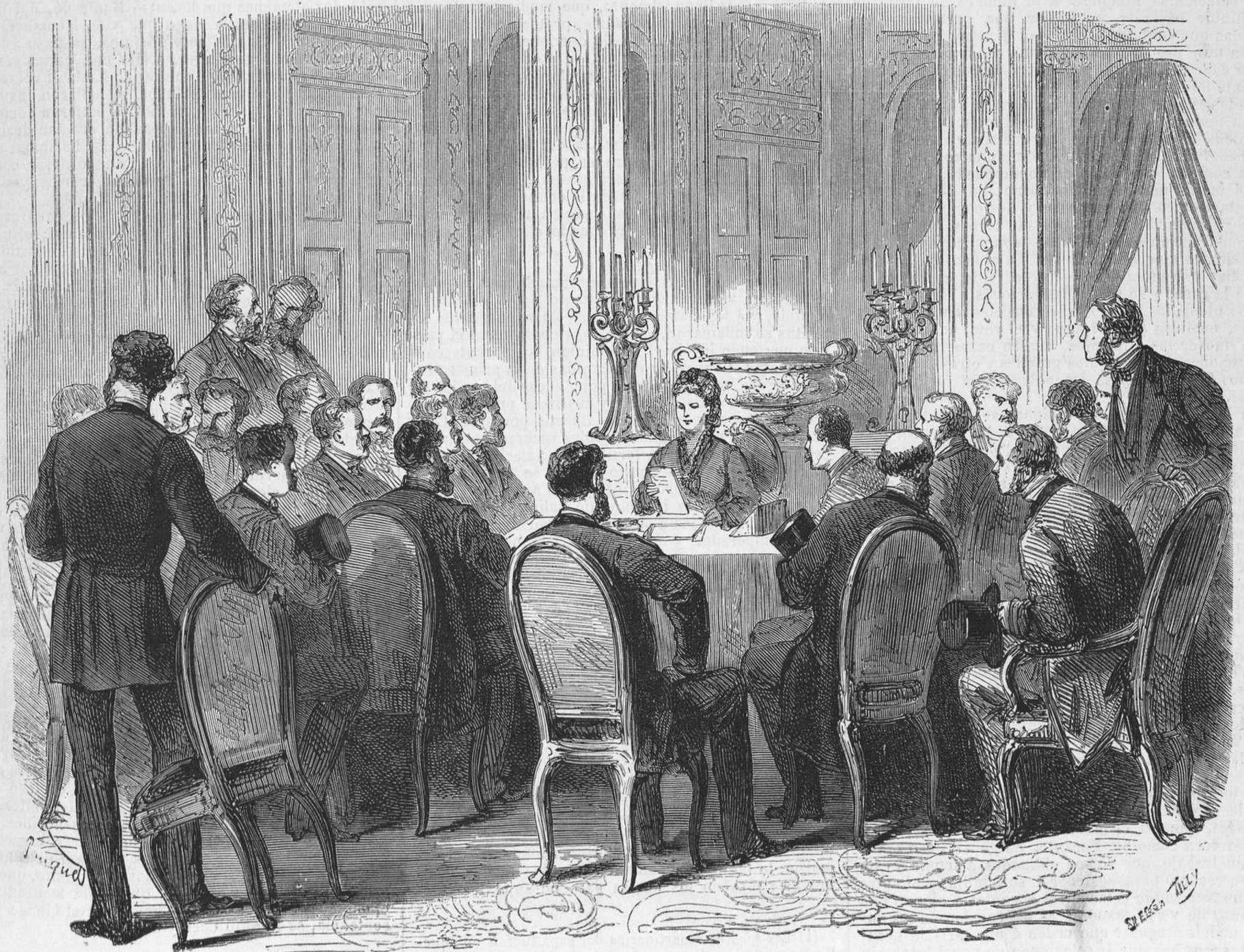
AÑO 33. — N° 1,105.

SUMARIO.

Las cocinas económicas; grabados. — Estudios históricos y literarios. — Monseñor Ledochowski, arzobispo de Posen. — Teatro de la Ópera Cómica: El « Flo-

rentino, » ópera cómica en tres actos; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Filosofía española. — Estatua de Juana de Arco; grabado. — El palacio del Gobernador en Saigon; grabado. — Las montañas rusas; grabado. — El precio de mi diamante. — Las canteras de Fontaine-

bleau; grabados. — Usos y costumbres: El fellah de Egipto; grabados. — Sobre los viajes por España de Blatna y de Andrés Navagero. — Problemas de ajedrez; grabado. — El monumento de Chatillon; grabado. — El aeronauta del « Richard Wallace; » grabado.



PARIS. — LAS COCINAS ECONÓMICAS. — Reunion de los representantes de la prensa en el Palacio del Eliseo.

Las cocinas económicas.

Los desastres que pesan sobre Francia desde que empezó la guerra con Alemania, y la crisis que están atravesando la industria y el comercio, han producido naturalmente que un gran número de obreros se encuentren sin recursos para atender á la manutención de sus familias. Era, pues, urgente poner pronto remedio á una situación tan deplorable y que amenazaba tomar colosales proporciones. Conmovida la señora del mariscal Mac-Mahon de las privaciones que sufría la clase pobre, trató de dar un nuevo impulso al establecimiento de nuevas cocinas económicas. Al efecto se formó bajo su presidencia un comité que tuvo su primera reunión el 18 de febrero en el Eliseo, á la que concurrieron los representantes de toda la prensa, con el objeto de coadyuvar á una obra de humanidad y de caridad.

El nuevo comité de beneficencia ha dispuesto entregar diariamente 30,000 raciones de pan, carne y legumbres en las cocinas de la Sociedad filantrópica, en las de San Vicente de Paul y en otras catorce que el mismo comité trata de organizar. Los bonos serán distribuidos gratuitamente á la clase pobre, ó entregados á los que los soliciten, mediante el pago de diez céntimos.

La creación de estas cocinas data del siglo último, y fueron fundadas por una Sociedad creada con el objeto de asistir á domicilio á los enfermos pobres no inscritos en las oficinas de beneficencia, proporcionándoles facultativo y medicinas. Esta Sociedad, que tomó el nombre de filantrópica, no tardó en crear varias cocinas, en donde se distribuían á los necesitados, durante el invierno, y mediante cinco céntimos, sopa y legumbres. En 1848 la Sociedad de San Vicente de Paul no solo trató de introducir algunas modificaciones en las raciones, sino que quiso unir á las otras obras de su asociación, la de las cocinas económicas. En su consecuencia, abrió una en la calle del Regard, y allí se daban sopa y legumbres, como en las de la Sociedad filantrópica, aunque con la diferencia de que las legumbres no estaban simplemente cocidas con agua, sino que estaban condimentadas, y que se distribuían, cuatro veces por semana, porciones de carne.

La cocina de la calle del Regard tuvo gran clientela, pues distribuía diariamente de mil doscientas á mil setecientas raciones. Este número no tardó en disminuir bastante, pues por una parte las once cocinas que contaba la Sociedad filantrópica, se colocaron muy pronto en las mismas condiciones que la de la calle del Regard; y por otra, la Sociedad de San Vicente de Paul creó otras nuevas.

Todas estas cocinas, que hoy forman un total de 26, están montadas, con muy poca diferencia, por el estilo de la de la calle Stanislaw, que representa nuestro grabado. Cada una se compone de una cocina económica con cinco hornillos en donde pueden calentarse otras tantas marmitas; un horno, un depósito con setenta y cinco litros de agua y dos compartimientos para guardar 250 kilogramos de carbon de piedra. La construcción de este horno económico ha costado novecientos cincuenta francos. En el centro de la cocina hay una mesa de madera de roble, en donde se corta la carne y se miden las raciones.

Los utensilios del servicio consisten en balanzas y pesas, medidas para el agua y el vino, una espátula para mover los alimentos, cuatro cazos para medir las raciones, seis barreños grandes y otros tantos pequeños, cucharas para los pobres, una fuente y dos cubos.

La distribución de las raciones se hace todas las mañanas desde las ocho y media hasta las once. Este servicio, que no deja de ser duro, porque no se distribuyen menos de quinientas á seiscientas raciones diarias en cada cocina, lo presta una hermana de la caridad, con esa bondad y cariño que les es tan peculiar. Las raciones consisten en carne, caldo, arroz, judías blancas y encarnadas, guisantes secos, lentejas y patatas. Cada ración cuesta diez céntimos, ó un bono que representa igual cantidad, dado por las personas caritativas que desean distribuir socorros de esta clase. La distribución de carne no se hace mas que cuatro veces por semana. La ración de caldo es de medio litro, y la de carne, cien gramos de vaca sin hueso.

La distribución de las raciones se hace por dos ventanas. Al lado de la cocina hay una galería cubierta con cristales y dividida en dos compartimientos destinados á los hombres y á las mujeres que desean comer en el mismo local. Ambas habitaciones están provistas de bancos para comodidad de los pobres. Algunas personas acuden con sus vasijas, y sin preferir una palabra se presentan á recoger el alimento que la caridad les ofrece. Es tal su impaciencia por retirarse, que en el momento que se ven servidas, desaparecen como por encanto. En general son obreros sin trabajo, que se ven obligados á acudir á este último recurso para sostener á su familia; y si entre los que frecuentan estos sitios encontrais alguno que por su traje y sus maneras se diferencian de los demás, podeis asegurar que ceden á una terrible necesidad. Otros hay que se estacionan en aquel local, sin que en su semblante aparezca el menor disgusto: son

los filósofos del barrio. Miradlos y observareis cómo rien estos Diógenes del día, y con qué desembarazo é indiferencia recorren aquellos sitios; y si los agujeros que cubren sus vestidos no hicieran traición al orgullo que jamás tuvieron, sería bastante para acusarlos de culpable é invencible pereza. L. C.

Estudios históricos y literarios.

GÜELFOS Y JIBELINOS.

El Dante. — Extractos de la *Divina Commedia*, traducidos por Villegas en el siglo XV.

(Continuacion.)

Al siguiente se divulga la nueva de este matrimonio: los Amadeis no pueden creer el ultraje que se les ha hecho, pero en fin, llegan á no dudarlo: entonces convocaron á sus parientes los Ubertis, los Tifantis, los Lambertis y los Guadalendis, para informarlos de la causa de esta reunión. Uno de ellos, al oír el suceso del insulto que se les había hecho, exclamó con la energía y concisión que inspira la venganza: *Cossa fatt'capo ha*: todo principio tiene su fin. Cuantas personas se hallaban allí reunidas repitieron lo mismo, y por unanimidad fué decretada la muerte de Buondelmonte.

La mañana de Pascua acababa Buondelmonte de cruzar por el puente viejo, dirigiéndose á Longo Arno, á tiempo que muchos hombres á caballo desembocaron por la calle de la Trinidad y le salieron al encuentro: llegados á cierta distancia, se dividieron en dos grupos para embestirle por ambos lados: Buondelmonte los conoció; pero fiado en su valor continuó la marcha sin dar muestras de desconfianza; por el contrario, al llegar junto á ellos los saludó con mucha urbanidad: en este momento Schazetto, de los Ubertis, sacó por debajo de la capa el brazo armado con una porra, y de un solo golpe le quebrantó la cabeza, y cayó Buondelmonte del caballo: Addo Arrighi echa pié á tierra y le da de puñaladas, dejando en tal estado al infeliz Buondelmonte, que medio arrastrando se acercó á la estatua de Marte, protector pagano de Florencia, que aun estaba sin derribar, y espiró en el instante.

El rumor de este asesinato no tardó en divulgarse por toda la ciudad: los deudos de Buondelmonte se reunieron en la casa del difunto, hicieron preparar una carroza, y colocaron en ella en un féretro, descubierto el cuerpo de la víctima, y del lado á su joven esposa, llevando esta contra su pecho la cabeza magullada del marido. Los parientes mas cercanos iban en rededor al carruaje, y toda la comitiva se puso en marcha, precediéndola el anciano padre de Buondelmonte, quien de cuando en cuando clamaba con voz lastimera y apagada:

« — ¡Venganza, venganza! »

Al aspecto del cadáver ensangrentado, á la vista de la hermosa viuda anegada en llanto y con el cabello tendido, y á los clamores del desolado padre, los espíritus se inflamaron, y cada casa noble tomó el partido que pudo inspirarle su opinión, su parentesco ó su amistad. Cuarenta y dos familias de la primera calidad se declararon güelfas, poniéndose del partido de los Buondelmontis, y veinte y cuatro se pronunciaron jibelinas, reconociendo á los Ubertis por jefes. Cada partido echó mano de sus propios recursos, armando criados y dependientes, fortificando palacios y levantando torres: en muy poco tiempo se encendió una guerra civil, que duró treinta y tres años.

Desesperados los jibelinos de salir vencedores si quedaban reducidos á sus propias fuerzas, se dirigieron al emperador, y este les envió 600 soldados de caballería alemana, cuya tropa fué introducida furtivamente en la ciudad por una de las puertas que pertenecían á los jibelinos, y con este refuerzo fué vencido el partido güelfo en la noche de la Candelaria de 1248, teniendo que abandonar á Florencia. Los vencedores, viéndose dueños de la ciudad, se entregaron á estos excesos que eternizan las guerras civiles. Treinta y seis palacios fueron demolidos y sus torres arrasadas; la de los Toringhis, que dominaba la plaza del Mercado viejo, elevándose ciento veinte brazas, fué minada por toda su base, y cayó como si la hubiese abatido un rayo. El partido del emperador triunfó, pues, en la Toscana, y los güelfos vivieron en el destierro hasta el año de 1254, que murió Federico II (1).

La muerte de este emperador produjo una reacción, por la cual los güelfos fueron llamados á su patria, y el pueblo recobró una parte del poder que había perdido. Entre las primeras determinaciones que se tomaron, lo fué una la demolición de las fortalezas en que se apoyaban los nobles para no sujetarse á las

leyes; en cuyo concepto se mandó que rebajasen las torres de sus palacios hasta quedar á la altura de cincuenta brazas, y que los materiales que resultasen de esta demolición, sirvieran para elevar baluartes del lado del Arno, en cuyo paraje no estaba la ciudad fortificada. Al siguiente año (1252) el pueblo, para celebrar la vuelta de la libertad á Florencia, hizo acuñar con el oro mas puro la moneda que se nombra *florin*, la cual aun subsiste 600 años despues, sin que ninguna de las revoluciones que sucedieron á su creación se haya atrevido á alterarla en peso, marca y título.

Los güelfos, mas generosos ó mas confiados que sus enemigos, habían permitido á los jibelinos vivir libremente entre ellos, de lo que se aprovecharon para tramar una conspiración, la que habiendo sido descubierta, mandaron los magistrados se les intimase que dieran cuenta de su conducta; pero ellos recibieron á pedradas y flechazos á los alguaciles del podestá. El pueblo se sublevó, y atacando á sus enemigos los jibelinos en sus casas y palacios, triunfó de ellos en el espacio de dos dias. Schazetto, de los Ubertis, murió con las armas en la mano; otro de los Ubertis y uno de los Infagantis fueron decapitados en la plaza del Mercado viejo, y los que escaparon de las garras del pueblo, salieron de la ciudad capitaneados por Farinata, de los Ubertis, corriendo á pedir á Sena un asilo que esta ciudad les concedió. Farinata era uno de aquellos hombres de la familia de los Adrets, del condestable Borbon y de los Lesdigueres, que nacen con brazos de hierro y corazon de bronce, tan valientes en el asalto de una plaza, como en el campo de batalla.

La muerte del emperador privaba á los jibelinos del único recurso que les quedaba, cual era pedirle socorros; con este motivo discurrieron enviar diputados al rey Manfredo de Sicilia, suplicándole les enviase algunas tropas; pero Manfredo no les ofreció mas que 100 hombres: los embajadores estaban á punto de retirarse, sin querer admitir tan mezquina oferta, que mas bien parecia burla, cuando Farinata les escribió lo siguiente:

« Aceptad cualquiera cosa: lo que nos importa es tener una bandera de Manfredo entre las nuestras, que luego que la tengamos, yo la plantaré en tal parte, que se le haga necesario enviar un gran refuerzo para recobrarla. »

Entre tanto el ejército güelfo continuaba la persecución de los jibelinos, y fué á sentar su campo delante de la puerta de Camoglia, cuyo polvo era tan agradable al poeta Alfieri (1). Despues de algunas escaramuzas sin mayor resultado, ordenó Farinata una salida: antes de emprenderla hizo distribuir entre los soldados alemanes que le envió Manfredo, del mejor vino de la Toscana, y luego que vió el combate empeñado entre los güelfos y jibelinos, se puso á la cabeza de dichos auxiliares, y dió una carga cerrada con tanto impetu, que penetrando hasta el centro del enemigo él y sus cien soldados, se hallaron envueltos por todas partes. Los alemanes se batieron como desesperados; pero como la partida era tan desigual, todos ellos perecieron, y solamente Farinata, como por milagro, se pudo abrir paso é incorporar con los suyos, cubierto de sangre de sus contrarios, y sin haber recibido la mas leve herida.

Logró Farinata lo que apetecía: los cadáveres de los soldados de Manfredo pedían venganza; el estandarte real había caído en manos de los florentinos, y era arrastrado por el lodo y hecho pedazos por el populacho: esta afrenta solo se hacia á la casa de Suavi, y sin una victoria no podía lavarla. Farinata, de los Ubertis, escribió al rey de Sicilia dándole cuenta de la batalla, y Manfredo le contestó ofreciéndole dos mil soldados. Entonces el leon se convirtió en raposa, y para tenderles á los enemigos un lazo, fingió Farinata que estaba quejoso de los jibelinos, en cuyo concepto escribió á los Ancianos proponiéndoles una entrevista á un cuarto de legua de la ciudad: doce sugetos le esperaron allí, y él se presentó solo. La oferta que les hizo fué entregarles la puerta de San Vito, cuya guardia le estaba confiada, por donde podía entrar el ejército güelfo y apoderarse de Sena.

Los jefes güelfos no podían intentar esta empresa sin la anuencia del pueblo, en cuyo supuesto convocaron la asamblea: la reunión fué tumultuosa; el mayor número opinaba que se aceptase la propuesta; pero otros, que eran mas previsores, recelaron una traición. Los Ancianos querían llevar á efecto la negociación que ellos habían entablado, y la mayoría los apoyaba. En vano se opusieron el conde Guido Guerra y Tegghiaio Aldrobandi, pues no fueron oídos: entonces Cecé, de los Guerardinis, conocido por su prudencia y patriotismo, se levantó tomando la palabra; pero los Ancianos le mandaron que callase: continuó, sin embargo, su discurso, y entonces los magistrados le impusieron cien florines de multa; se prestó á pagarlos si á este precio le era permitido hablar; la contestación fué doblarle la multa: aceptó esta nueva pena, diciendo que no consideraba costoso este medio de dar un buen consejo á la República. La multa fué doblada hasta cuatrocientos florines, sin bastar esto para imponerle silencio; pero caracterizando de terquedad la patriótica decisión de Guerardinis, se exaltaron los ánimos hasta tal punto, que impusieron pena de muerte al que tenia la osadía de oponerse á la voluntad del pueblo. Enterado de esta sentencia, se levantó Cecé y dijo:

(1) A Camoglia mi godo il polverone.

(1) Los güelfos ó partidarios del papa fueron en aquella época designados con el apodo de *blancos*, y los jibelinos ó partidarios del emperador con el de *negros*.

— Disponed que se eleve el cadalso, y dejadme que hable mientras que lo ponen.

Los florentinos, que estaban resueltos á cerrar los oídos, en vez de acatar á este buen ciudadano, mandaron ponerlo en arresto, y como no hubo otros que se opusiesen, fué aprobada la proposición. De sus resultados pidió Florencia auxilios á Luca, Bolonia, Pistoia y demás aliados suyos, quienes acudieron al llamamiento, y en el espacio de dos meses reunieron los güelfos treinta mil infantes y tres mil caballos.

La noche del 3 de setiembre de 1260 salió este ejército de los muros de Florencia, y marchó hácia Sena. En el centro de una guardia compuesta de los soldados mas valientes, rodaba con lentitud el *carroccio*: este era como un carro triunfal, tirado de ocho bueyes enjaezados con arcos encarnados; en el centro del carruaje se elevaba una asta con un globo dorado en la punta, y este servía de apoyo al estandarte de Florencia, el cual en el momento de principiar el combate, era puesto en manos del que se consideraba como mas esforzado; por bajo de dicho globo estaba colocado un crucifijo, y cerca de él había una campana, la cual servía para llamar al centro comun los dispersos de la pelea.

Este pesado tren detenía la marcha de las tropas, obligándolas á mantenerse reunidas para defender el *carroccio*, por no abandonarlo vergonzosamente: fué un invento de Eribert, arzobispo de Milan, que queriendo prestar fuerza á la infantería plebeya para oponerla á la caballería de los nobles, se ensayó por primera vez en la guerra contra Conrado el Sáfico. El paso de la infantería, era, pues, regulado por el de los bueyes que tiraban de esta enorme máquina. Su dirección fué encomendada á uno de los güelfos mas entusiastas, llamado Juan Tornaquinci, anciano de setenta años; y sobre la plataforma del *carroccio*, reservada á los mas valientes, iban sus siete hijos, á quienes había exigido el juramento de morir todos ellos antes que uno solo de los enemigos tocase esta arca de honor de la edad media. La campana había sido bendecida por el papa Martin, y por esto era llamada Martinela.

Al amanecer del dia siguiente se halló el ejército situado en Monte-Aperto, que era una eminencia á cinco millas de Sena, desde la que se descubría esta ciudad que esperaban sorprender.

A aquella hora, un obispo que estaba casi ciego, subió á la plataforma del *carroccio* y dijo misa á todas las tropas, que la oyeron de rodillas y con la cabeza descubierta. Acabado este acto de devoción, tomó el estandarte de Florencia, y lo puso en manos de Jacopo de Vacca, de la familia de los Pazzis, y vistiéndose él mismo la coraza, fué á colocarse en las filas de caballería. Apenas había llegado á ellas, abrieron la puerta de San Vito, segun lo prometido, y salió primero la caballería alemana, detrás de esta la de los emigrados florentinos, mandada por Farinata, y á retaguardia los ciudadanos de Sena con sus vasallos, que formaban la infantería, componiendo todas estas tropas como unos trece mil hombres. Los florentinos conocieron en aquel momento que habían sido engañados; pero comparando su ejército con el contrario, le hicieron frente con mucha algarazara y voces provocativas, confiados en que eran ellos tres contra uno.

En este estado, el obispo que había dicho la misa, oyendo por su espalda un ruido lejano, volvió la cara, y como era tan corto de vista, creyó percibir entre él y el horizonte una línea prolongada que un momento antes no existía; dió un golpecito en el hombro al soldado mas inmediato, preguntándole si lo que se veía era muralla ó niebla.

« — Ni lo uno ni lo otro, le contestó el militar; son los escudos de nuestros enemigos. »

En efecto, un cuerpo de caballería alemana había hecho un rodeo para caer sobre Monte-Aperto, pasando á nado el Arbia, y atacaba la retaguardia del ejército florentino, mientras que las demás tropas se presentaban al combate por el frente. Entonces Jacopo Vacca, creyendo que era ya tiempo de principiar la pelea, elevó el estandarte florentino que representaba un león, y dijo en alta voz:

« — ¡Adelante! »

Pero en aquel momento Bocca Degli-Abbatì, que era jibelino en el alma, sacó su espada, y abatió de un golpe la mano y el estandarte; después gritando:

« — ¡A mí los jibelinos! »

Se separó con trescientos nobles del mismo partido, que estaban en el ejército güelfo, y fué á incorporarse con la caballería alemana.

La confusión era grande entre los florentinos: Jacopo de Vacca levantaba el brazo con el puño ensangrentado, gritando:

« — ¡Traición! »

Nadie pensaba en recoger el estandarte hollado por los pies de los caballos; y viéndose muchos de los florentinos acometidos por los que un momento antes eran sus compañeros, comenzaron á dispersarse, temiéndose unos á otros. El grito de traición dado por Vacca acudió por todo el ejército, y olvidando cada uno la salud de su patria para pensar en la suya, tiró del lado menos peligroso, especialmente la caballería que encontró su principal defensa en los pies de los caballos: de los tres mil, que todos ellos pertenecían á la nobleza, solamente se mantuvieron firmes treinta y cinco, y estos murieron defendiéndose.

La infantería, compuesta de la gente plebeya de Florencia y de los auxiliares que enviaron sus aliados, se sostuvo mejor, concentrándose en derredor del

carroccio. En este punto fué donde se empeñó el combate, y resultó la gran carnicería que enrojó las aguas del Arbia.

Los güelfos, privados de tropas de á caballo, no podían sostenerse, mayormente cuando sus armas se reducían á picas y alabardas, sus escudos eran de madera, y las corazas de piel de búfalo ó coletos de tela acolchada, armamento que no podía resistir á las espadas y lanzas de la caballería: esta cargaba con poca dificultad sobre las masas, haciendo horrible estrago, y á pesar de ello, animados los florentinos por el toque de la campana Martinela, se rehicieron hasta tres veces, rechazando desde su centro á la caballería alemana, que salió otras tantas cubierta de sangre, como un hierro que se saca de una herida.

En fin, auxiliados los alemanes por Farinata, que guiaba los florentinos, y por las tropas de Sena, llegó á penetrar hasta el *carroccio*, y allí ambos ejércitos fueron espectadores de una acción para siempre memorable: tal fué la del anciano que tenía á su cargo la defensa de aquel monumento sagrado, y que, como queda dicho, había hecho jurar á sus siete hijos que morirían en su defensa. Durante el combate general, estos jóvenes habían permanecido sobre la plataforma del *carroccio*, desde donde observaban el ejército. Tres veces vieron al enemigo muy próximo á aquel paraje, y otras tantas habían vuelto la cara hácia su padre; pero este les había hecho seña de contenerse; mas al fin llegó la hora de morir, y el anciano gritó á sus hijos:

« — ¡A ellos! »

Entonces saltaron del *carroccio*, menos uno, que su padre lo detuvo por el brazo: era el mas joven, y de consiguiente el mas querido; tenía apenas diez y siete años: llamábase Arnolfo.

Armados los seis hermanos como caballeros, resistieron vigorosamente la carga de los jibelinos: durante este tiempo el padre tocaba sin cesar la campana; los güelfos cobraron ánimo, y la caballería alemana fué rechazada por cuarta vez. El anciano vió de vuelta cuatro de sus hijos; dos habían perecido en la pelea.

En este instante, pero del lado opuesto, se oyó grande gritaría: era una columna de enemigos que se abría paso por entre la masa de combatientes. Capitaneaba esta columna Farinata, y se componía de los emigrados que estaban de vuelta después de haber perseguido la caballería güelfa, y asegurándose de que ya no podría venir á incorporarse con los suyos: esta gente venía rabiosa como un lobo que espanta los perros para echarse sobre el rebaño. El anciano, como estaba en alto, le reconoció en su penacho, en sus armas, y mas que todo en su denuedo. El jinete y el caballo parecían un solo cuerpo, semejante á un monstruo cubierto de conchas; lo que caía á los golpes del uno, era destrozado á los pies del otro; así que, todos le abrian paso. El anciano hizo seña á sus cuatro hijos, y Farinata vino á tropezar con una muralla de acero: se animaron los demás combatientes, y volvió á empeñarse la acción.

Entre toda esta infantería que rodeaba el *carroccio*, era Farinata el único que se veía á caballo, porque se había quedado atrás la caballería jibelina; y como este hombre salía por encima de los otros, el anciano podía seguir con la vista su espada relumbrante, que levantaba y caía con el mismo compás que el martillo de un oficial de fragua: también podía oír el grito de muerte que seguía á cada golpe, y aun creyó por dos veces reconocer la voz de sus hijos; mas no por eso dejó de continuar tocando la campana.

Farinata se vió obligado á volver atrás colérico como un león rugiente, y se dirigió hácia los caballeros florentinos que venían á su socorro. En el corto tiempo que tardó en reunirse con ellos, vió el anciano venir dos de sus hijos: no derramaron una lágrima sus ojos, ni una sola queja desahogó su corazón; lo único que hizo fué estrechar á Arnolfo contra su pecho: entre tanto Farinata, los emigrados florentinos y la caballería alemana, acabaron de reunirse, y mientras que los de Sena cargaban por su parte infantería contra infantería, estos se preparaban á dar un golpe decisivo.

El último ataque fué terrible: tres mil caballos cayeron sobre diez á doce mil infantes que se sostenían en derredor del *carroccio*, y penetrando por las masas, abrian profundos surcos, como si marchase una inmensa serpiente cuyo dardo representara la espada de Farinata.

El anciano vió á este monstruo acercarse; hizo seña á sus dos hijos, los que se lanzaron sobre el enemigo acompañados de todas las fuerzas de reserva; Arnolfo lloraba de vergüenza por no poder seguir á sus hermanos: el anciano los vió caer uno tras otro; entonces entregó la cuerda de la campana á Arnolfo y saltó á lo bajo de la plataforma; no tuvo valor el infeliz padre para ver morir al último de sus hijos. Farinata pasó sobre el cuerpo de este anciano como lo había hecho sobre los de sus hijos: el *carroccio* fué tomado, y Arnolfo, que continuaba tocando la campana, sin querer oír las invitaciones que le hacían para que callase, murió de un golpe de clava que Della-Presa le asestó al montar la plataforma.

Luego que los florentinos dejaron de oír la Martinela, ya no pensaron en reunirse, cada uno tiró por su lado, y los pocos que pudieron refugiarse en el castillo de Monte-Aperto, fueron cogidos al dia siguiente; los demás todos perecieron: diez mil hombres sucumbieron en el campo de batalla: esta pér-

didada ha quedado en la memoria de los florentinos, como uno de aquellos desastres que no se olvidan con el tiempo, pues habiendo ya transcurrido cinco siglos, aquellos naturales muestran todavía el lugar del combate á los extranjeros, haciendo triste recuerdo del derramamiento de sangre de sus antepasados. Los sieneses, por el contrario, se gozan todavía en el orgullo de su victoria. En la actualidad se conservan los palos del *carroccio* en la basilica de Sena.

El 27 de setiembre del referido año de 1260, el ejército jibelino se presentó á las puertas de Florencia, donde encontró todas las mujeres enlutadas, pues, segun Villani, no había una que no hubiese perdido un hijo, un hermano ó un marido. Las puertas estaban abiertas, sin haber una sola persona que hiciese resistencia: desde el siguiente dia quedaron abolidas todas las leyes güelfas; dejó el pueblo de tener parte en el gobierno, quedando bajo la dominación de la nobleza.

(Se continuará.)

Monseñor Ledochowski,

ARZOBISPO DE POSEN.

En el número 1,003 publicamos el retrato de Monseñor Ledochowski, arzobispo de Posen; hé aquí hoy algunos apuntes biográficos.

Miecislav Halka de Ledochow, conde de Ledochowski, nació el 29 de octubre de 1822 en el dominio de Ledochow (Galitzia), siendo hijo único del conde José, muerto el 24 de noviembre de 1859.

Una vocación religiosa irresistible le hizo sacrificar desde luego la brillante posición de futuro jefe de una gran familia. Súbdito austriaco, comenzó sus estudios en Viena, y pasó después á Roma, donde en 1847 fué admitido en la *Academia eclesiástica*, fundada por Pio IX con objeto de preparar á los jóvenes *monsignori*, distinguidos por su instrucción, maneras é inteligencia, á desempeñar las misiones políticas y diplomáticas de la Santa Sede.

A su salida de la Academia, el joven Ledochowski fué enviado á Madrid en clase de secretario de la nunciatura de España, y habiendo pasado allí algunos años, desempeñó luego sucesivamente los importantes cargos de nuncio apostólico en Rio Janeiro, Lisboa, Santiago de Chile, y por último, en Bruselas.

Su afabilidad de carácter le granjeó las simpatías de todos sus colegas, los ministros extranjeros acreditados cerca del rey Leopoldo I. Cuando quedó vacante el arzobispado de Posen, en 1864, el rey de Prusia Guillermo suplicó al Padre Santo que tuviese á bien autorizar á su nuncio en Bélgica para que ocupase aquel puesto; y una vez concedida esta licencia, el gobierno de Berlin hizo invitar al capitulo metropolitano de Posen para que incluyera á monseñor Ledochowski en la lista de candidatos al arzobispado.

Es digno de observarse que el joven arzobispo, noble, diplomático y buen político, mantuvo las mejores relaciones con la corte de Prusia hasta fines de 1870 y se abstuvo de tomar parte en las ardientes discusiones que levantaba en Alemania el dogma de la Inmaculada Concepción. Confiado en su crédito cerca del rey Guillermo, se trasladó á fines de 1870 al cuartel general de Versalles para interesar al rey en favor de Pio IX, pues las tropas italianas acababan de invadir la capital, con menosprecio de los tratados. El mal éxito de este paso, la actitud de M. de Bismarck respecto del clero romano y las ardientes polémicas que siguieron á la proclamación del dogma de la Infalibilidad, trasformaron al antiguo amigo de Berlin en un adversario implacable. Su actitud llegó á ser de día en día mas hostil, hasta que se proclamaron las leyes confesionales cuyo análisis insertamos al propio tiempo que el retrato de monseñor Ledochowski.

La estricta aplicación de estas leyes equivale á la destrucción de la religion católica romana, puesto que quitan al clero hasta el derecho de enseñanza, y por lo tanto el honorable y valeroso arzobispo de Posen se negó categóricamente á someterse á una legislación semejante.

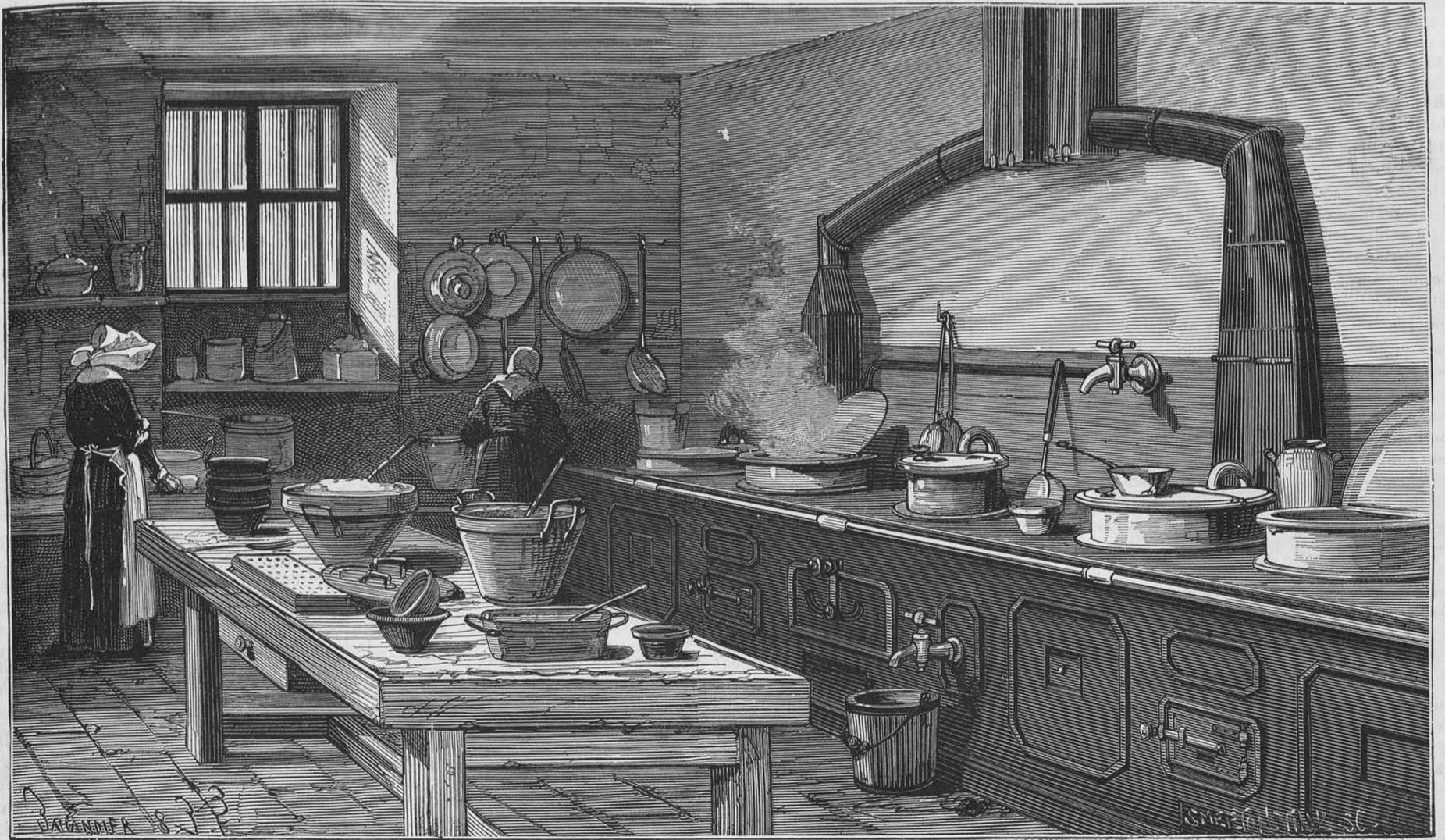
Ya sabemos por el análisis publicado, que los legisladores anticatólicos tienen previstos todos los casos, y que su penalidad alcanza á la fuerza de inercia lo mismo que á la desobediencia formal. Así sucede que monseñor Ledochowski ha recorrido en menos de seis meses toda la escala de las penas. Condenado primeramente á 400 thalers de multa por haber cometido una de las innumerables infracciones previstas por las leyes de 11 y 12 de mayo de 1873, fué incurriendo en nuevas penas hasta llegar á la multa fabulosa de 9,000 thalers (33,750 francos) con el embargo de sus muebles y el encierro, que sufre hoy en las cárceles de Ostrowo.

Casi todo el alto clero alemán sigue el ejemplo del arzobispo de Posen; las últimas noticias dicen que veinte y cinco curas párrocos han sido destituidos definitivamente á consecuencia de varias condenas de multa y encierro. La lucha es mas viva que nunca. Los viejos católicos acaban de constituirse en Berlin, y se dice que el gobierno prusiano está resuelto á todo.

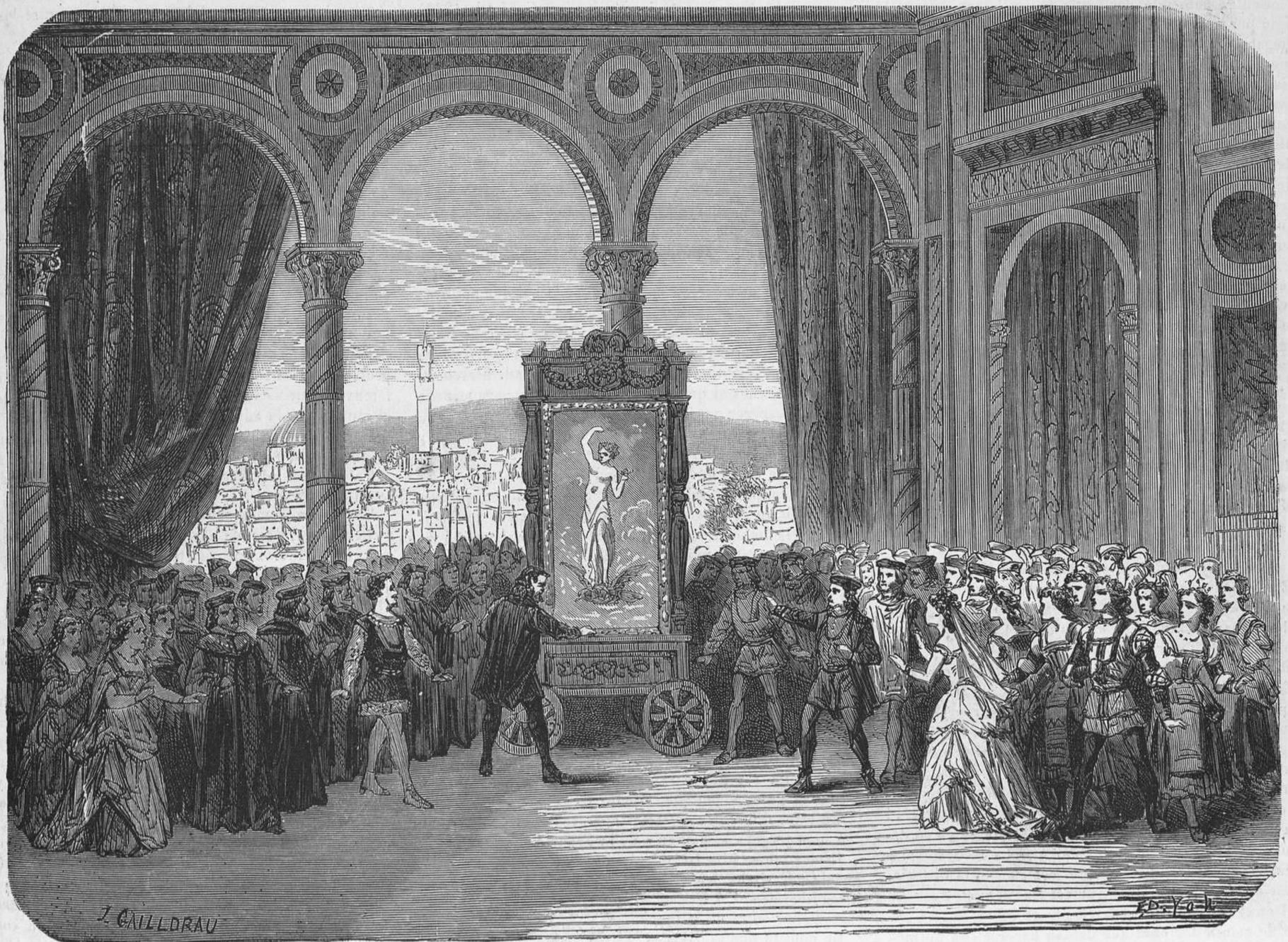
R. S.



COCINAS ECONÓMICAS. — Distribución de víveres.



COCINAS ECONÓMICAS. — Establecimiento de la calle Estanislao.



TEATRO DE LA ÓPERA CÓMICA. — El Florentino, ópera cómica en tres actos. — (Véase la Revista de Paris).

Revista de Paris.

Hoy 5 de marzo era el día que la Academia francesa había fijado para la recepción de M. Emilio Ollivier, nombrado á ocupar el sillón vacante por la muerte del ilustre Lamartine. El nombramiento de M. Ollivier se hizo antes de la guerra. ¿Para qué ocultarlo? Los títulos literarios del favorecido eran nulos, y por lo tanto debió los sufragios á la alta posición que ocupaba en el gobierno del imperio. Sabido es que M. Ollivier, después de haber hecho una oposición de todos los instantes en el Cuerpo legislativo al régimen imperial, se adhirió á él cuando aquella evolución liberal que precedió al plebiscito. Esta evolución famosa mereció la aprobación de la Academia; y así como anteriormente había hecho alarde de elegir nombres que no podían resonar bien en el palacio de Tullerías, pensó que la ocasión no podía ser mas propicia para reconciliarse, y dió sus votos al ex-republicano intransigente convertido en ministro.

¿Debemos recordar la impopularidad de Ollivier que pasó de los bancos de la oposición sistemática en la Cámara á los salones del ministerio; su conducta en el memorable suceso de la declaración de guerra, cuando dijo que entraba en tan espantosa aventura con *el corazón ligero*, y por último, su desaparición de la escena, su viaje á Italia, en donde fué á esconder el justo resentimiento que tenían contra él los franceses? Todo esto sería largo de detallar; pero conviene apuntarlo rápidamente para que se comprendan los antecedentes de la cuestión que llama hoy en alto grado la atención pública.

No hay plazo que no se cumpla; y con efecto, había llegado la hora de la recepción de M. Emilio Ollivier en la Academia. La semana última regresaba de sus viajes el célebre ex-ministro, daba comunicación de su discurso á la comisión nombrada al intento, y esta comisión debía convocar á la Academia en una especie de sesión extraordinaria para que resolviera definitivamente sobre ciertos puntos del trabajo de M. Ollivier que, á su juicio, penetraban demasiado en el terreno político y bajo pretexto de pagar deudas de gratitud, envolvían alabanzas excesivas del régimen imperial y sus grandezas.

La reunión académica se verificó el día 4 con asistencia de unos treinta miembros. M. Emilio Ollivier estaba ausente, habiendo declinado la invitación que se le dirigió por medio de una carta, en la que declaraba que se negaba á someter su discurso al fallo de la Academia, y que no tenía á bien presentarse en la sesión extraordinaria, porque no quería exponerse de nuevo á oír las convenciones que había oído con sorpresa en el seno de la comisión, sin que el presidente le hubiese defendido.

Dícese que fué muy grande la emoción que produjo esta declaración, y lo creemos por la votación que puso fin al debate. La Academia por 20 votos contra 6 decidió que la recepción de M. Emilio Ollivier quedaba aplazada indefinidamente.

Los periódicos de estos días no se ocupan mas que de este inesperado incidente académico. La política se ha mezclado en él y le ha dado un carácter de acritud, casi de violencia. Escritores notables que se callaban desde hace tres años, han bajado al palenque para defender al ex-ministro, en tanto que los periodistas republicanos le atacan con dureza.

M. La Guéronnière, uno de los primeros, ha escrito una carta inserta en la *Liberté*, donde manifiesta las razones que debería tener presente la Academia, para dejar á M. Ollivier cierta latitud en su discurso.

El nuevo académico, dice M. La Guéronnière, tiene necesariamente que explicar el antagonismo permanente de M. de Lamartine contra Napoleón I y su aislamiento respecto de Napoleón III: ¿cómo puede callar sus propios sentimientos y sus propias ideas?

Y sobre esto recuerda cómo se hizo la elección de M. Emilio Ollivier, casi por unanimidad, teniendo en su favor 26 votos de 28 votantes, y habiendo votado juntos dos hombres que rara vez estaban de acuerdo, ni aun en el Instituto, M. Thiers y M. Guizot.

¿Por qué fué así? No fué por los títulos literarios de M. Emilio Ollivier, pues en su vida ha escrito un soneto; fué porque era ministro del emperador y representaba entonces lo que se llamó el imperio liberal, régimen inaugurado por él y que se hundió á los pocos meses en la catástrofe que sabemos.

En suma, en la opinión de M. La Guéronnière y demás defensores del discurso, que por ahora no se leerá en la Academia, Ollivier estaba completamente en su derecho enalteciendo á un soberano que ha reinado veinte años en Francia, y por lo tanto pertenece á la historia. ¿No se le ha de juzgar mas que escarneciéndole?

Tal es el carácter que ha tomado la cuestión: se hablaba de manifestaciones que debían hacerse con tal motivo en el día de hoy, á tal grado de excitación habían llegado las cosas,

¿Quién habría dicho que el apacible recinto de la Academia podría correr peligro de convertirse en teatro de tales agitaciones?

Afortunadamente, el buen sentido de la sabia corporación se ha apresurado á cortar el nudo gordiano, y M. Ollivier podrá volverse, si le place, con su manuscrito al extranjero.

Por una parte lo sentimos; y es porque seguramente el claro entendimiento de M. Emilio Ollivier habrá producido una obra notable acerca de Lamartine.

Este nombre tendrá un prestigio eterno y merecido.

Ahora mismo los que se interesan en todo lo relativo á la existencia de este genio inmortal, tienen abundante pasto de confidencias íntimas en los cuatro tomos de correspondencias que se han publicado y que contienen tantas y tan preciosas revelaciones sobre su vida íntima.

Valentina de Lamartine, sobrina y heredera del gran poeta, ha dado á luz esta voluminosa colección de cartas que empiezan en 1807, y concluyen en 1833 en el tomo cuarto, que no será el último.

Segun esta correspondencia, la juventud de Lamartine es bien triste; su aprendizaje de diplomático le tiene en una situación nada envidiable.

Su gran ambición es poseer una cantidad de 2,000 francos y verse libre; mas en lugar de esto, se encuentra falto de recursos, sin sociedad de su gusto, sin ocupación asidua y sin esperanzas de ascenso.

Pronto llegan la fama y los ascensos de que desesperaba el poeta; pero llegan también los cuidados.

Detengámonos un instante á considerar su conducta después de la revolución de 1830.

Ya se había elevado mucho en la carrera diplomática; pero sus sentimientos realistas le hicieron dar su dimisión al rey ciudadano. Se le resistía prestar juramento y así lo expresó en los términos mas nobles.

El rey Luis Felipe dijo que era la dimisión mas honrosa, digna y delicada que había recibido.

Hé aquí cómo pinta el ilustre poeta el estado de la Francia:

«...La política va, como yo lo había previsto el 8 de agosto, á la diablo, escribía al conde de Virieu en mayo de 1830. En efecto, todo camina al abismo, y nada se percibe que pueda salvarnos si la Cámara no conoce su deber. Estoy muy alarmado: ya sabes que antes no lo estaba, pero el mal no procede del país, sino de sus gobernantes. ¡Confíemos en Dios y en la fuerza del instinto de conservación!...

»... ¿La Francia está ó no enferma? (junio de 1830). Por mi parte la veo morir ó mas bien convulsiva. No creo poderla conceder seis meses por su porvenir interior. Estoy afligido de dolor y de espanto, y sin embargo, estoy pronto á combatir contra los insensatos y los furiosos, cualquiera que sea el punto en que se hallen...

» ¿Quién diablos te ha podido decir que jamás me uniría á los hombres honrados? A los imbéciles no; pero felizmente todavía hay personas honradas, realistas religiosos bajo otras banderas que las de MM. Dudon, Vitrolle, Berthier y compañía; pero si no los hubiese, yo solo tremolaría su bandera. Yo no me uno ni con este ni con aquel, sino con el sentido comun, con la monarquía y con la dinastía; pero ¡ay de mí! temo que con la conducta que siguen, no se verán apoyados por la opinión pública; y en este caso, bastante tenemos que hacer con cumplir con lo que hemos prometido. Acabo de regresar de París y estoy mas inquieto que cuando fuí, pues veo por todas partes graves motivos de zozobra y ansiedad. Elevemos, pues, las manos al que solo puede salvarnos, porque nada debemos esperar aquí.

» Adios, comprendo que dirás que tengo ideas muy tristes. Dios quiera que el horizonte se despeje y que algun dia me digas que soy un necio.

»... Creía (8 de julio de 1830) que no me consideraría como un desertor de su bandera, sino como un hombre que la imbecilidad violenta de su mismo partido no ha sido bastante para arrastrarle. Sí, salgamos de ahí cuando podamos, y coloquémonos en la verdadera senda, en donde solo existe la fuerza, porque el porvenir de la Francia no está en un gobierno de recuerdos teocráticos, ó aristocráticos, ó absolutistas; necesita que con el concurso de las inteligencias mas elevadas y honradas se funde la Restauración, y no del imperio ó del antiguo régimen... No es posible reprochar á un pueblo por lo que no quiere aceptar cualquiera que sea la forma y los nombres, escribía dos años antes; se le puede hacer monárquico ó religioso. El mal de estos dos años ha sido muy grande; tal vez puede ser reparable, pero para conseguirlo es preciso, energía, talento y tiempo.»

En estos diferentes extractos aparece ya el profeta que tan bien juzgaba el porvenir de la Francia.

Lamartine se hizo liberal rápidamente. Su vasta inteligencia necesitaba moverse en el inmenso círculo de las ideas liberales.

Al punto entró en la lucha.

Hé aquí lo que escribía al mismo amigo M. de Virieu, en febrero de 1831:

«La neutralidad, cuando todo el mundo moral y el in-

moral están con las armas en la mano, cuando se va á librar una de las mas grandes batallas intelectuales de que jamás han dependido, como hoy, las generaciones nacidas ó por nacer, la neutralidad, cualquiera que sea el pretexto ó la razón que se alegue para observarla, tiene un color y un nombre. Te lo digo francamente, semejante neutralidad es, á mis ojos, un crimen hácia uno mismo, un crimen de que jamás curará á su conciencia...

» Estas palabras no quieren significar: aceptemos hoy el poder, tomemos su oro ó gocemos sus favores y declárenos sus mas benévolos campeones... No, jamás seguiré semejante conducta, porque el honor me lo prohíbe; pero he querido decir que los intereses del país, de los tiempos y del porvenir están en juego; pueden ser atacados, como lo son todos los días, por la locura, el crimen ó la anarquía. ¿Los abandonaremos en esta situación porque la fortuna ó la Providencia los ha colocado en un rango distinto al nuestro? ¿Dejaremos saquear, quemar y sacrificar el país y la Europa entera porque hayamos preferido quedar inactivos ante tan graves peligros? En esta grave cuestión no hay mas que dos contestaciones: la una la tengo formulada.... Abandonar los derechos de ciudadano en el combate que se va á librar entre un partido débil, pero relativamente honrado, y el de la subversión, es, en mi opinión, hacerse indirectamente solidario del mal mas grande que pueda resultar de esta falta de combatientes; es caer en ese execrable sistema, como el de todos los fanatismos humanos, desde la Saint-Barthélemy hasta el 93; es, por último, permitir el mal para el bien, cuando el mal para el bien solo pertenece á la Providencia, porque es justa, y además porque para ella no hay mal; pero para el hombre es una falta, un crimen.»

Debemos interrumpir estos extractos.

El análisis de una obra semejante, que abraza toda la existencia de Lamartine, exigiría otras proporciones que las de una crónica; pero hemos querido dar á conocer al lector que existe una obra única que contiene los materiales suficientes para estudiar en su desenvolvimiento mas completo á esa gran figura que hace tanto honor á la Francia.

Apenas nos queda espacio para hablar de una ópera cómica titulada *el Florentino*, libretto de M. H. de Saint-Georges, música de M. Lenepveu, que acaba de estrenarse con favorable éxito.

Seremos breves.

Estamos en la ostentosa corte de Lorenzo el Magnífico, en ocasión en que se celebra un concurso entre los principales pintores de Italia.

Nadie duda que saldrá premiado el famoso Andrés Galeotti, que ha conquistado ya tantos laureles; pero un temor le asalta á él: un hombre desconocido, que se oculta llamándose el Florentino, trata de disputarle la victoria.

Galeotti ha tenido un discípulo de gran talento, que de repente desapareció, dejándole sumergido en la tristeza, no menos que á su pupila Paola, á quien amaba entrañablemente.

Es el Florentino, que había huido en busca de fama y riqueza, para solicitar la mano de Paola.

Pero al saber que su victoria en el concurso llevaría al colmo la desesperación de Galeotti, dice á su amigo Polpetto que no quiere luchar con su maestro, y le encarga que queме su pintura.

El cuadro está cubierto. El anciano Andrés Galeotti es proclamado vencedor del concurso, y llega el instante solemne en que se va á descender la cortina para que todo el mundo pueda admirar la obra.

Galeotti se adelanta. ¡Oh sorpresa! No es su cuadro, es otro firmado por el Florentino.

Polpetto se equivocó y arrojó al fuego la obra de Galeotti.

En el primer momento quiere hacer trizas aquel funesto lienzo; pero es una obra maestra, y cuando sabe que su autor el Florentino, es su discípulo predilecto, perdona generosamente y además concede á su rival la mano de su pupila.

M. de Saint-Georges es quizás, después de M. Scribe, el mejor de los librettistas franceses. Esta vez ha estado afortunado como de costumbre, y ha ofrecido al compositor situaciones musicales interesantísimas.

Toda la partitura está escrita con una facilidad que denota en M. Lenepveu una imaginación privilegiada. Conoce los efectos dramáticos y ha estudiado suficientemente la armonía para satisfacer las exigencias de la escuela francesa, que tolera con dificultad la melodía pura y sencilla á la manera italiana. Es obra que se aprobó en concurso en el año 1869, elegida entre mas de sesenta, y sobre la cual se hicieron grandes elogios, bien merecidos.

No entraremos á detallar las muchas piezas notables que se cuentan en los tres actos del *Florentino*, y concluiremos, por lo que toca al compositor, felicitando al teatro de la Ópera Cómica por habernos dado á conocer un talento musical tan lleno de promesas.

Mlle Priola canta con mucha gracia el papel de Paola; M. Lherie tiene momentos felices, sobre todo en el acto

segundo, en el de protagonista, y M. Ismael caracteriza perfectamente á Andrés Galeotti.

Las decoraciones y trajes, muy brillantes. El cuadro que resume el interés del drama, y que aparece reproducido en nuestro dibujo, está pintado por M. C. Duran, y representa á Hebe vertiendo ambrosía en una copa de oro. De pié en el ala de Júpiter, viaja en la inmensidad hácia la morada de los dioses.

Es una pintura notable que se aplaude con toda justicia.

MARIANO URRABIETA.

POESIAS.

LA FLOR DEL PRADO.

¡Qué bella! ¡qué divina
Te elevas, flor preciosa!
Graciosa, engalanada
De aroma y de verdor.
La luz de blanca aurora
Brilla en tu pura frente,
Y encanto refulgente
Te ofrece en su esplendor.

El céfiro te halaga,
Y con murmurio blando
En torno revolando
Te besa con placer;
Y bella te sonries
Con tu ilusión cumplida,
Y ves tu hermosa vida
Como un sueño correr.

Del árbol tú recibes
La sombra y la frescura
Y gozas la ventura
Amando con ardor,
Y en cambio tú le brindas
Esencia peregrina,
¡Compensación divina
Del inocente amor!

En el fecundo prado,
Amorosa y galana,
Imperas soberana
Con esplendor gentil;
Y al verte á tí el viajero
Admira tu pureza,
Y en tu feliz belleza
Encuentra dichas mil.

Y es grata, flor, tu vida
Pasando por hermosa,
Viviendo venturosa
Sin llanto, sin dolor.
Y del mundo ignorada
Sientes al fin la muerte,
Y mueres, ¡bella suerte!
¡Cercada del amor!

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

SONETO.

AL EXCMO. É ILLMO. SEÑOR DON PEDRO LLORENTI DE MIGUEL,
ARZOBISPO ELECTO DE SANTIAGO DE CUBA.

Tú llegas, buen pastor, y en el momento,
A tanta dicha y á ventura tanta,
Aquí en mi patria un grito se levanta,
Grito que anuncia el general contento.

Comprendes de este pueblo el sentimiento
Y tú lo aceptas con ternura santa:
Si es cubano el poeta que te canta
También acoge su humilde acento.

Muy largos años te conceda el cielo,
Cariñosa sonriéndote la suerte,
Supuesto que eres tú nuestro consuelo.

Y cierto que es así, que á tu venida
Precipitada se alejó la muerte,
Reinando en cambio por do quier la vida.

JOSÉ CAYETANO GARZAN.

Santiago de Cuba,

FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

EL FILÓSOFO RANCIO.

(Continuacion. — Véase el número 1,104).

Censura el optimismo leibnitziano, y la hipótesis de un principio que anima el universo, ó el *hilárquico* de Moro, ó la *natura genitrix* de Cudwort, ó la *naturaleza plástica* ó *arquea* de Juan Rayo, como inventados, según Mostrein, para no necesitar de Dios en el gobierno del mundo y quitarle este quebradero de cabeza.

También reprueba que se tenga al mundo por infinito en extension, como hacían Leibnitz y Descartes.

Tratando del cielo se dividían los filósofos en determinar su naturaleza; pero todos convenían en negar la *quinta esencia*, la *incorruptibilidad* de los cielos y su solidez, con gran disgusto del Rancio, que ni aun quiere creer que los cometas se salgan fuera de las órbitas planetarias. Procura despues ridiculizar las ideas comunes sobre las estrellas fijas y planetas, y lo hace no sin gracia, contraponiendo las opiniones de unos y otros; que si Huygens vió montes en la luna y no mares, es porque en vez de apuntar á ella el telescopio, le dirigió sobre la cabeza de un calvo que estaba en la ventana de enfrente. Sobre los elementos parece que admitían comunmente los cuatro de Aristóteles; aun no conocían sin duda los trabajos de Lavoissier.

El Rancio reprueba á Maignan por haber dicho que los elementos no tienen discordia entre sí, y tampoco cree que permanezcan intactos en los *mixtos*, cosa difícil de conciliar con su *materia prima* y *forma sustancial*. Los adelantos de las ciencias físicas, aun escasos, le dan ocasion de ridiculizar verdades hoy vulgares sobre el calor (fuego), la electricidad, la luz, el agua y el aire, respecto á cuya gravedad dice que ya la admitió Santo Tomás, y aun Aristóteles, fundándose en los textos siguientes: Santo Tomás (S. MATEOS, l. II) dice: *El aire es leve respecto de la tierra y el agua, y grave respecto del fuego: mas el agua leve respecto á la tierra, y grave respecto al fuego y al aire.* Y Aristóteles (IV DE COELO. cap. IV) enseñó que un pellejo lleno de aire pesa mas que vacío (no sé cómo lo pesaría, pues no pudo hacerlo en el vacío), y despues dice del aire y el agua: *absolutamente ninguno de estos es leve.*

Acerca del origen de la tierra ridiculiza el Rancio á los que la suponían flúida en un principio y mas graciosamente á los que la suponían derivada del sol por el choque de un cometa. Aunque la ciencia actual le conceda la razon en este último punto, no le damos gran mérito, pues que él no hace mas que reprobarnos solo por nuevas, las ideas astronómicas y físicas que aun no estaban bien fijas ni comprobadas. Lo mismo hay que decir de la otra hipótesis sobre otro cometa que produjo el diluvio, causando no poco escándalo al Rancio, la idea de Vossio de que no fué absolutamente universal, opinion que no anda acreditada en la Iglesia, pero que tampoco ha sido condenada, ni creo que lo será en adelante.

Mas grave es que repruebe la distribución de los cuerpos terrestres en tres reinos, suponiendo que hay cosas que, no siendo vegetales ni animales, tampoco son minerales. La luz, cual la explica Newton, es también desechada, no para adoptar la teoria de Descartes, hoy dominante en sus generalidades, sino porque le parecia ridículo admitir que se moviera con tanta velocidad, á pesar de que ya conocía la prueba dada por Roemer. Mas le disgusta aun que la luz de algunas estrellas tarde tanto en llegar á la tierra, que solo de viejo, ó quizá nunca las pudiera ver Adán.

Termina el Rancio sus instrucciones para hacer una filosofía ecléctica por una breve reseña de los errores mas culminantes, á su parecer, en que cayeran los filósofos modernos en la metafísica y moral. Que se comience hablando mal de la metafísica escolástica, como Leibnitz, Jaquier y Genovesi, es el primer consejo; aunque el segundo de dichos autores no diga mas que los escolásticos.

El primer principio metafísico sea el *cogito ergo sum*, ó el cánón de Purchot ó el del *Arte de pensar*, sobre la evidencia. Tómese de Descartes la noción de esencia, ó si no del Genuense, que dice que pueden ser muchas las de cada ser, ó en fin, dígame con Locke que no las podemos conocer, por mas que entonces no pudiéramos probar que repugna esencialmente el pensamiento á la materia. Sobre las causas eficientes, ó niéguese que hay una que lo es de todas las cosas; ó dígame que ella lo hace todo en el mundo, con Sturm, Lamy y Malebranche; ó en fin, concédase eficacia solo á los seres vivos, y al alma solo para querer, con Turrio, Le Grand y Purchot.

Que los efectos son proporcionados á las causas, esto es, que corresponden á su actividad, como los efectos posibles á causas posibles, los actuales á actuales, particulares á particulares y universales á universales, según lo entendía la escuela, lo reputa Jaquier incierto ó al menos supérfluo, porque lo leyó así en la *Enciclopedia*, dice el Rancio. Acerca de la causa final no se trate, porque, ó no la hay, según los espíritus fuertes, ó es temerario investigar los fines de Dios, como dice Descartes; es, pues, ocioso

averiguar para qué hemos nacido. Lo infinito no se define lo que no tiene fin, sino lo que no tiene límites designables, como hace Jaquier. Parece que se aproxima en esto Jaquier á la noción de lo infinito que dan nuestros rerausistas, ó mas bien le confunde con lo indefinido de los matemáticos; pero no llegó al absurdo de llamar infinita á cualquiera cosa que sea sola en su orden, puesto que no está limitada por otra del mismo orden, en lo que algunos hacen consistir lo infinito. ¿Hay algo infinito además de Dios? La materia, dice Leibnitz, que no solo es divisible al infinito, sino que es tal actualmente ó en la realidad.

El Rancio se rie de ello con frases que no quiero copiar por no ofender el estómago del lector; pero no advierte que es igualmente ridículo su sistema, que teniendo á la materia por infinitamente divisible en potencia, permite concebir que Dios haga en el corazón de un insectillo un cielecito con sus planetas, un marcito, muchos caballitos, etc. Desecha, por supuesto, la noción de sustancia de Locke, Leibnitz y Descartes, justificando sin razon á Espinosa por haber deducido el panteísmo de la noción mal entendida de Descartes. Sobre la identidad de la persona pensaba Gravesand que consistía en la memoria, Locke y Leibnitz en la conciencia; de modo que interrumpida una ú otra, dejaría ser la persona. Otras objeciones presenta á la ontología ecléctica, ó menos fundadas, ó menos importantes.

En la psicología reprueba que Locke creyera posible que el ser pensante consistiera en el mecanismo del cuerpo; que la esencia del alma sea el pensamiento actual; que además de la *entelequia* leibnitziana hay otras infinitas en cada hombre dirigidas por aquella; la metempsicosis resucitada por Locke y Voltaire, y ahora vuelta á poner de moda con algunas variantes por los rerausistas y espiritistas; la armonía preestablecida y las causas ocasionales, y en fin, se rie de los que colocaban el alma en el piloro, glándula pineal ó cuerpo caloso.

En la teología natural riñe con Genovesi, que la apreciaba mas que á la escolástica; con los que prueban la existencia de Dios como Descartes lo hace, ó los que decían que hasta Newton nadie lo habia probado bien; con Clerico que decía que Dios no es mas espíritu que cuerpo, cosa dicha también por Fenelon y que puede explicarse razonablemente. En fin, dice que Connos, Locke, Clarck, Leibnitz, Bonnet y otros explicaron los milagros en derecho de sus narices, pareciéndole que la mira era confundirlos con lo que no es milagro, ó coartarlos á cosas y casos que los disminuyan, en lo cual sospecho que anduvo excesivamente malicioso.

Cuanto á la ética, apenas hace otra cosa que censurar á los tratadistas protestantes de derecho natural, ya copiando doctrinas inmorales, ya juicios criticos hechos por correligionarios de ellos.

Los censurados son Grocio, Hobbes, Helvecio, Puffendorf, Tomasio, Wolf, Heineccio y el *divino* Montesquieu. Echa en cara al Genuense el haber elogiado algunos de estos hombres, y luego le censura varios principios, como el de que la virtud disminuyó al consolidarse la monarquía pura en Italia, esto es, hácia el siglo X; que la conquista jamás legitima la dominación no habiendo justo título y buena fe; que para arrancar la mayor parte de los delitos, conviene obligar poco y dejar que se desahogue la naturaleza; que todas las grandes ideas de moral, política, etc., son hijas del temperamento de los pueblos; que hemos nacido para la felicidad, y que esta consiste en evitar el dolor y conservar la tranquilidad, lo cual dice Genovesi, sacerdote como era, casi con las palabras mismas de Epicuro. Tales son los errores principales que, en opinion del Rancio, hervían en la filosofía moderna, y por los cuales los escolásticos no la aceptaban, pues aun dado que estos se hubiesen entretenido inútilmente, peor habria sido hacerlo perjudicialmente.

Tomando ocasion, en la carta XIV, de no haber puesto prólogo á su obra, hace una lastimosa critica del estado científico y literario de la época en los términos siguientes: « Si saliera Vd á ese mundo, y tomara muchos libros en las manos, — muchos debían ser, pues dice mas adelante que *el que no puede ganar de comer por otro lado, se mete á escritor, que es una santa cucaña*: dichosos tiempos en que acapaban los escritores lo que ahora está reservado á los periodistas — vería en ellos los anacronismos pisándose los unos á los otros, los solecismos rebotando, los barbarismos apiñados, los falsos testimonios montados unos sobre otros, los desatinos en procesion, la mala fe con la cara asomada, el espíritu de partido (como no sea el escolástico) trastornándolo todo, las blasfemias á medio vestir y la ignorancia en pelota... y que no faltaba quien los aplaudia y miraba como á unos oráculos de Delphos, quien se valiese de ellos para hacer frente á la (como por allá se dice) *preocupación*, quien los pusiese en unas memorias eruditas y quien diese ruido con ellos á los sabios ranciosos y preocupados. » Sospecho que esta pintura se referia mas á Francia, que á España.

FRANCISCO CAMINERO.

(Se continuará).

Estatua

DE JUANA DE ARCO,

ERIGIDA EN PARIS EN LA PLAZA DE LAS
PIRÁMIDES.

Hace largo tiempo que reclamaba Paris una estatua de Juana de Arco, sintiendo que faltara la imagen de la heroína que salió herida cuando intentaba quitar á los ingleses la verdadera capital de la Francia para restituirla al rey Carlos VII. Por fin se ha satisfecho el deseo general, y actualmente se eleva en la plaza de las Pirámides la estatua ecuestre de Juana de Arco, debida á M. Frémiet. El punto está bien elegido, no solo por el caserío uniforme de la plaza, muy favorable al efecto del monumento, sino tambien porque está cerca del sitio que ocupó la puerta de Saint-Honoré, donde fué herida Juana de Arco. Queriendo sorprender la plaza, Juana atravesó el primer foso, llegó á lo alto del terraplen que separaba á este de otro lleno de agua, y estaba midiendo la altura del agua con su lanza, cuando la atravesó los muslos un dardo de ballesta.

El artista ha representado á caballo á la heroína con su armadura: una gloria, símbolo de su martirio, ciñe su frente, y tiene en la mano el estandarte que hizo ondear en las murallas de Orleans, que llevaba orgullosamente en la catedral de Reims y que estuvo á punto de perder delante de Paris. Debemos felicitar al escultor por esa prueba de ciencia y de buen juicio histórico, pues Juana de Arco es una figura incompleta sin su estandarte, ese emblema que ella consideraba como el signo visible de su misión.

La Juana de Arco representada por los autores de Orleans y de Versalles, es seguramente la doncella de Orleans, pero la imagen pari-



ESTATUA DE JUANA DE ARCO,

Erigida en Paris en la plaza de las Pirámides.

siense figura mejor la Juana de Arco de la historia y de la leyenda, á la cual el país ha consagrado un culto que no han debilitado los siglos, y que los últimos sucesos han reanimado en todos los corazones.

La ejecucion de esta estatua honra mucho á M. Frémiet, tanto por la sencillez que se nota en la actitud de la heroína, como por la ciencia arqueológica de todos los detalles. El caballo parece, no obstante, algo abultado para el volumen de la figura de Juana. La estatua descansa en un zócalo de piedra roja del Jura.

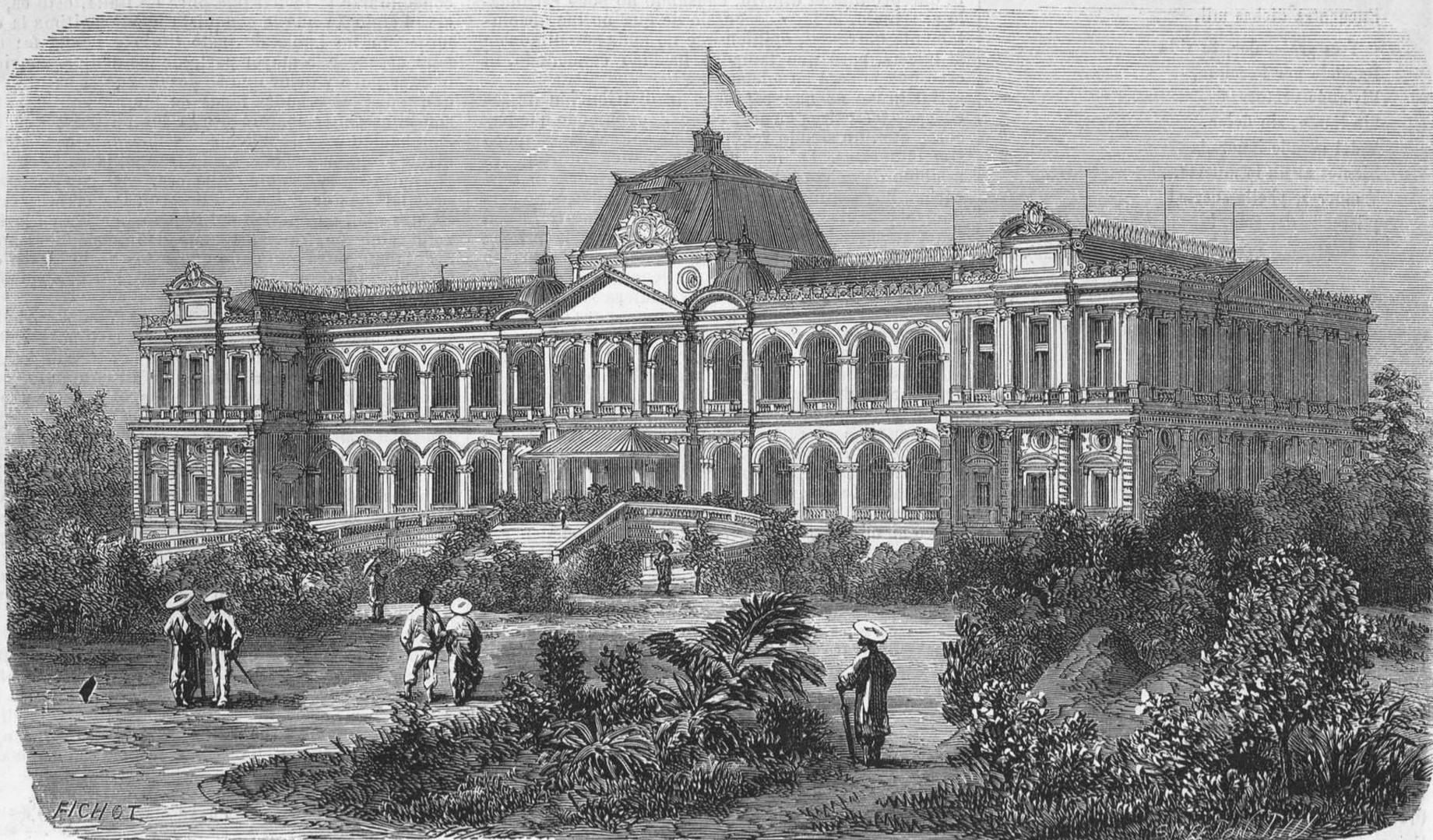
El monumento se ha inaugurado sin ninguna pompa, en razon á las circunstancias. P. L.

El palacio del Gobernador

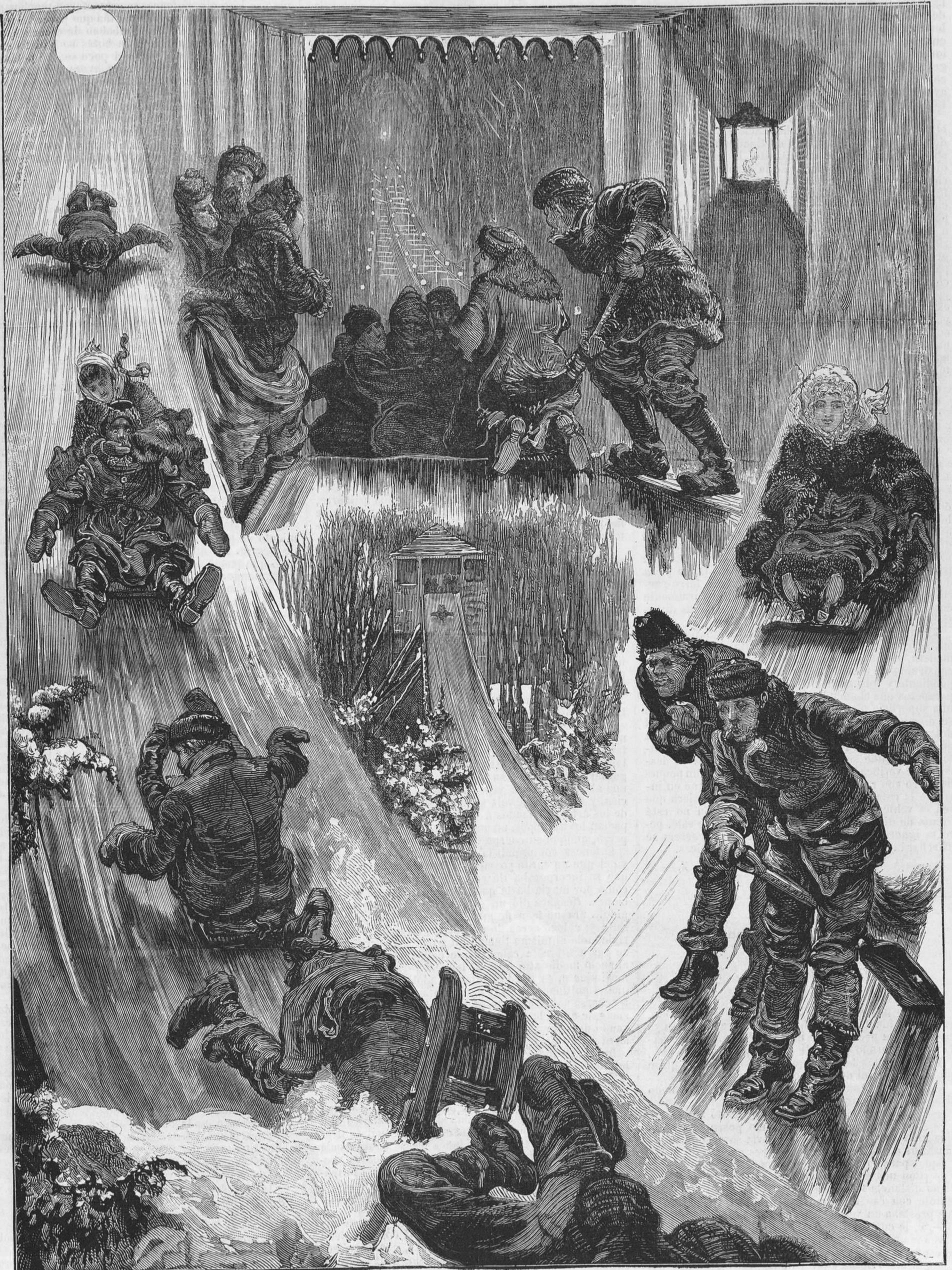
EN SAIGON.

Hace algunos años que la capital de la Cochinchina francesa se componia de cierto número de cabañas hechas de bambú y de ramas de paletuvios conocidos en el país con el nombre de *paillottes*, pero hoy vemos ya elevarse por todas partes elegantes habitaciones pertenecientes á los colonos ó funcionarios europeos y á algunos chinos opulentos.

El magnífico palacio, del cual damos una vista general, es residencia del almirante francés Bonard, en Saigon. Esta construcción, cuyo conjunto es monumental, ofrece algunas particularidades que son dignas de observar. Como este país no podía proveer de piedra para la construcción de este edificio, ha sido preciso emplear solo ladrillo, y para los cimientos granito, que se encuentra en gran abundancia en el cabo de San Joaquin, á poca distancia de la ciudad. Admira que este edificio, cuya fachada deslumbra por su blancura y sus frontis están sostenidos por graciosas columnas acanaladas, esté solo edificado por



COCHINCHINA. — Nuevo palacio del gobierno en Saigon.



FIESTAS DE SAN PETERSBURGO. — Las montañas rusas.

ladrillos cubiertos de yeso y cal. El visitador que entra por la puerta principal, se sorprende al llegar al pie de una bonita escalera adornada por los dos lados de tramos guarnecidos de balastradas análogas á las de la nueva Opera. En lo alto de la escalera se penetra, despues de haber pasado bajo una marquesina cubierta de cristales, en un alto vestibulo; y á la derecha está la escalera principal, que conduce á los salones de recepcion. En el piso bajo están situados un gran comedor de 11 metros de largo sobre 9 de ancho, el despacho del gobernador, las oficinas de los ayudantes de campo y la sala de baile, que mide 18 metros de largo sobre 10 de ancho.

Los escalones de las escaleras son de argamasa. En el piso principal están las habitaciones del gobernador, los salones, las piezas destinadas á los oficiales superiores que están de tránsito, la sala de billar y otras varias habitaciones. En la fachada una galeria cubierta que une las dos alas del edificio, da un gran frescor á las habitaciones. Al rededor de los aleros cubiertos de tejas, hay una azotea que rodea todo el palacio. Del pabellon del centro se eleva una cúpula de forma cuadrangular, y está cubierto de hojas de zinc. El edificio tiene 96 metros de longitud y 28 de profundidad; está situado en medio de un magnifico parque; adornado de saltos de agua, de un pabellon chino, etc.; y rodeado de una verja de hierro forjado que sostiene pilares formados de ladrillos. Una cisterna inmensa, embetunada hasta ocho metros de profundidad sobre una extension mayor que la que ocupa el palacio, provee de un agua fresca y cristalina. El conjunto de esta admirable construccion hace honor al gusto y habilidad de su inteligente arquitecto, M. Codry. P. S.-M.

Las montañas rusas.

Con motivo del casamiento de la hija del emperador de Rusia con el hijo de la reina de Inglaterra, hemos dado cuenta á nuestros lectores de las fiestas que se celebraron en San Petersburgo. Cien juegos diversos se establecieron entonces en las plazas públicas, en donde se agolpaba la multitud que tomaba parte en la fiesta, bebiendo tazas de té. En la plaza del Almirante se veían juegos de caballos, ferro-carrioles, etc. Las montañas rusas figuraban naturalmente entre estos juegos, pues constituyen una de las diversiones favoritas de la poblacion.

Ya sabemos en qué consisten estas montañas, y cómo se construyen. Se eleva una alta plataforma de madera, coronada de un pabellon. Este edificio está construido de tal modo, que una de sus caras es muy pendiente y forma un camino escarpado, cercado de parapetos que cuando llega al suelo se prolonga sobre una superficie plana en cuanto es necesario para que se disminuya la fuerza adquirida por la rapidez del descenso. En el otro lado del edificio hay una escalera que permite á los aficionados llegar al pabellon, punto desde donde se lanzan sobre la montaña. El descenso se verifica segun la estacion: ó sobre un pequeño carro con ruedas, ó sobre un trineo, porque en invierno la ruta está cubierta de nieve. Cualquiera que sea el vehiculo que se elija, esta diversion no está exenta de disgustos, porque se sabe cómo se sale, pero se ignora si al llegar al término de la carrera se marchará sobre las espaldas ó sobre las narices.

Z.

El precio de mi diamante.

(Conclusion.)

Confieso que el diamante me fascinó de tal modo, que me habia hecho perder hasta la razon, pues ya dudaba de la probidad de mi compañero, cuando nada hubiere reparado que pudiera sospechar de él.

A pesar de los temores que me asaltaron, no quise que advirtiera mi desconfianza.

— No es necesario, le contesté; yo mismo puedo alcanzarle desde aqui.

— Está demasiado distante, me contestó Squat.

— ¿Decís que estoy lejos, cuando poseo una carabina del sistema de Enfield? Todavía soy capaz de alcanzarlos á una distancia tres veces mayor.

Squat pareció admirado al oirme.

— ¡Con una carabina de Enfield podré alcanzarlos á una distancia tres veces mayor! repitió el pobre hotentote con ese tono musical propio de su tribu, y que prestaba un verdadero encanto á la voz de Squat.

— Sí, le contesté.

Al ver que mi compañero vacilaba, concebí una nueva esperanza.

— ¡Si mato desde aqui á uno de esos antilopes, me dareis el diamante en cambio de mi carabina y de mi caballo?... Ya sabeis que no hay ningun hotentote que posea una carabina como esta.

En este momento pareció que Squat habia perdido el entusiasmo que habia observado en un principio.

— El precio del diamante es de doscientas libras, me contestó. Veamos primero: tirad sobre el antilope, y así sabré si la carabina alcanza á esa distancia.

Entonces comprendí que si mi hotentote insistia, era porque deseaba satisfacer su apetito, y que aunque en la prueba yo saliera victorioso, no se decidiria á cederme el diamante sin recibir antes la suma ofrecida.

No obstante, cargué el cañon izquierdo con una bala explosiva, pequeña bomba con punta de acero, y despues de haber cortado varias ramas que me impedian ver, me puse en acecho, esperando que alguno de estos antilopes me mostrara el pecho y no las ancas. Ningun cazador podia estar mejor colocado que yo, estando á la sombra y teniendo al sol que alumbraba la piel aleonada del animal.

Pero en el momento en que ponía el dedo sobre el gatillo de mi carabina, me detuve de repente, haciéndome estas reflexiones:

— ¡Pobre animal! voy á quitarte la vida para hacer una sola comida; tiene la misma talla que mi pobre caballo, y voy á inmolarte sobre el mismo verdor que padece con tanta tranquilidad, despues de haberle cortado dos libras de carne. Así es como la comadreja degüella á los conejos, que despues de haberles chupado su sangre, abandona el resto á los gusanos y á las aves de rapiña. Tambien el perro del pastor, cuando es de una naturaleza depravada, abre á la pobre oveja para comerle las entrañas; pero el hombre que se halla armado por la ciencia de un poder tan terrible de destruccion, debe ser menos egoista que la comadreja y el perro del pastor. No, no puedo matarle, no quiero desfigurar ese bonito y gracioso cuerpo, y apagar su tierna mirada, que jamás ha lanzado al hombre su vista llena de odio y de rabia. Continúa, inocente animal, á cercenar el césped para que salga cada vez mas verde y espeso. Si mi compañero desea hacer un segundo almuerzo, que espere á que encontremos una presa que sea menos simpática; y si no, que se aleje con su diamante, pues ya siento haberle visto, porque la fascinacion que causa es capaz de corromper la virtud de un ángel.

Ignoro si Squat oyó y comprendió mis palabras, aunque las últimas las pronuncié en voz mas baja que las primeras; pero comprendió lo bastante para constatar con su gravedad habitual:

— Lo que acabais de decir, señor inglés, no es razonable, porque la vida de esta bonita é inocente criatura no es mas preciosa á los ojos del Ser que reside allá arriba, que el kangaroo que acabais de matar.

— Creo que tiene razon, me decia á mi mismo. Me voy convenciendo que llegará un día que los kafirs nos darán lecciones de moral, y los hotentotes nos enseñen la teologia.

Convencido de las razones aducidas por mi compañero, me decidí á matar al antilope. Me eché la escopeta á la cara con el objeto de apuntarle y no errar el tiro.

— No, no, no, no, no, no, gritó seis veces consecutivas el hotentote.

Y era tal el acento de terror que demostraba, que no pude menos de volver la cabeza para mirarle; estaba pálido, sus dientes rechinaban y le temblaban todos sus miembros. Antes que tuviera tiempo de preguntarle la causa de su terror, me indicó con el dedo una abertura que se veia entre las ramas de las acacias, y de donde se veia salir arrastrándose á lo largo de los árboles situados á orillas del bosque en donde pacian los antilopes, un animal que se asemejaba á un perro, aunque su cuerpo era mucho mayor.

Entonces comprendí la causa del terror de Squat, y del que no tardé yo en participar al ver el animal que se incorporaba de repente; parecia que crecia como por magia hasta que adquirió colosales proporciones. Despues dió un salto acompañado de un rugido... era un leon de gran talla, que de un segundo salto se colocó cerca de uno de los tres antilopes, dirigiéndole al mismo tiempo un golpe tan terrible con su garra sobre la cabeza, que el pobre animal cayó al suelo medio aturdido. El leon al verle tendido, sin movimiento, se quedó contemplándole inmóvil, hasta que el antilope al tratar de levantarse, volvió el leon á echarse sobre él, y despues de hacerle rodar por el suelo, le abrió las entrañas. Todavía se quedó observando durante algunos segundos las últimas convulsiones del animal.

Inútil es indicar que los otros antilopes habian huido.

Tambien el caballo, que jamás habia visto ni oido los rugidos de un leon, se puso á temblar, siendo preciso romperle el roncal.

Entre tanto Squat se habia deslizado dentro del agua, y yo experimentaba una emocion difícil de describir, pues me veia á trescientas toesas de distancia del rey de los animales, que preocupado con su presa, no podia verme bajo la espesa bóveda que formaban las acacias. En esta posicion continué durante algun tiempo, siendo testigo de un espectáculo que no olvidaré jamás.

El leon se incorporó, mostrándose en toda su terrible majestad; su piel no estaba sucia como un leon encerrado en una jaula, sino brillante, como pudiera estar la de un caballo de lujo; sus ojos despedian rayos, y su melena estaba admirable.

Despues se dirigió hácia el bosque, dando un rugido tan espantoso, que el caballo tuvo un acceso de fiebre y un temblor acompañado de un sudor general. El

hotentote se habia ocultado debajo del agua, y yo mismo me estremeci, sintiendo un sudor frio que me recorria todo el cuerpo.

Despues de trascurrido un momento, un tercer rugido se hizo oír. Entonces se presentaron muchos animales carnívoros y aves de rapiña que parecian haber comprendido la señal que acababan de escuchar, porque en el sitio que una hora antes se hallaba en la mas completa soledad, poco á poco se fué poblando como si el monarca hubiera convocado á todos sus súbditos al son de trompeta. Los primeros que llegaron fueron dos leoncillos, á los cuales se dirigian sin duda los rugidos del leon.

Poco á poco se fueron aproximando al sitio en que tenia lugar el festin, las hienas y los chacales; una bandada de buitres que habian acudido tambien al llamamiento, se detuvieron á cierta distancia, no atreviéndose á interrumpir á los leoncillos en su ocupacion al ver al padre que estaba de centinela á su lado.

Cuando el leon juzgó que habian comido bastante, por temer sin duda que tuvieran alguna indigestion, ó porque sintiera apetito, dió á sus hijos unas pequeñas manotadas. Los leoncillos debieron comprender la advertencia, porque se alejaron precipitadamente con direccion al bosque.

Entonces tocó su turno al leon de tomar su parte en el festin, debiendo confesar que devoró su racion en pocos momentos y hasta con cierta glotoneria. Entre tanto las hienas, los chacales y los buitres, que estaban impacientes de tomar tambien su parte, fueron estrechando insensiblemente el círculo que habian formado al rededor del leon, y cuando el hambre se hizo sentir demasiado, los que ocupaban la última fila se precipitaron sobre la primera.

Ya parecia inminente un ataque general, cuando el leon echó una mirada despreciativa á su alrededor, y al mismo tiempo que dió un gruñido que revelaba el disgusto que le habian causado los mas impacientes, dirigió algunas garfiadas á derecha é izquierda, haciendo retroceder á los mas atrevidos.

En aquel momento observé que no tocaba á ningun buitre y á los que pegaba algo mas fuerte no los mataba. Aunque se deshizo de repente el círculo, se formó otro nuevo á una distancia mas respetuosa, hasta que el leon volvió á romperle para retirarse.

Un salvaje pasa con la mayor rapidez de un sentimiento de pena ó de miedo á los mayores trasportes de alegria. Así que mi hotentote, creyendo que habia poco que temer de un leon harto de carne, se dirigió á mi, riendo.

— Decidme, ¿á quién considerais, le pregunté, el rey de la creacion? ¿Al hombre, ó al leon?

— Al leon, me contestó Squat como sorprendido que pudiera hacerse semejante pregunta.

Aunque entonces le propuse que continuáramos nuestro viaje, Squat fué de opinion que debiamos aguardar á que el leon durmiese su siesta.

Mientras que discutiamos acerca de la conducta que debiamos seguir, el leon entraba en el bosque y estaba á una distancia que podia oírnos. De repente se dirigió hácia nosotros con sus orejas tiesas; ya solo estaba separado de nosotros una treintena de toesas.

¿Nos habia oido, ó venia solamente á beber, ó deseaba dormir á la sombra de las acacias? Lo ignoro. ¿Quién tiene bastante serenidad para reflexionar, cuando se percibe un leon cerca de él? En aquel momento, casi maquinalmente apoyé la carabina en el hombro, y sin apuntar hice fuego.

Si hubiera errado el tiro, tal vez el ruido de la detonacion le habria hecho huir; pero le habia herido ligeramente, y por consiguiente, habia provocado su cólera; y dando los rugidos mas espantosos, con la melena erizada, los ojos relucientes y la boca abierta, dió un salto hácia el sitio en donde yo me encontraba.

Felizmente, todavía conservaba bastante sangre fria para comprender que mi única salvacion consistia en dirigirle una segunda bala, mejor dirigida que la primera. Así que inmediatamente puse una rodilla en tierra, y cuando el leon no estaba sino á cinco toesas de mi, dirigí la punteria en medio del pecho. Al través del humo le vi saltar; pero no teniendo una seguridad de haberle tocado, imité á Squat, y me zambullí en el agua.

Durante algunos minutos estuvimos en medio del mayor estupor. Confieso que la duda de si el leon estaria mortalmente herido, ó si se habria marchado, me hacia temblar, y no me atrevia á contestarme á mi mismo.

A pesar del profundo silencio que reinaba á nuestro rededor, creia distinguir aun los rugidos del leon, que me buscaba; y para escuchar mejor, me deslicé hácia la orilla.

Sin embargo, nada oí.

Al mirar á mi rededor, ví de repente á mi lado una cabeza que salia del agua; era la de Squat, que estaba mas muerto que vivo.

Entonces le dije en voz baja:

— Creo que se ha marchado.

El hotentote me contestó tambien lo mismo.

— Si, pero puede ser que esté mas distante, puesto en acecho. El leon es tan fuerte como prudente.

Y creyendo, sin duda, fundadas sus sospechas, volvió á zambullirse en el agua.

Despues que trascurrieron algunos minutos, el profundo silencio que me habia llenado de terror se vió interrumpido por los gritos de los buitres y los gruñidos de las hienas y de los chacales, que se disputaban los restos del antilope.

Entonces dije á Squat :

— ¿No os parece que debemos salir, para descubrir terreno?

— Si, me contestó, pero no hoy; mañana, cuando el leon nos haya dejado, y tal vez perdonado.

El día en que debíamos conseguir este perdon, me parecia un poco incierto; pero cuando Squat creia que el leon pudiera tendernos una emboscada, no creia prudente exponerme á sufrir la misma suerte que el antilope. Además, recordando en aquel momento que el leon no habia tocado á su presa sino un instante despues de haberla muerto, me quedé inmóvil en nuestro baño, pero con la cabeza fuera del agua, porque debo confesar que estaba avergonzado de tener tanto miedo como Squat.

Ya empezábamos á encontrar el agua un poco fria, pero un ruido que oimos entre las ramas nos hizo zambullir otra vez. A este ruido siguió otro mas sospechoso; esta vez fui yo quien me oculté, y el hotentote, por el contrario, el que se aproximó á un grupo de árboles, observando un gran buitro que habia venido á posarse sobre una de las acacias.

Con la mayor sorpresa observé que Squat se deslizaba con precaucion al través de las cañas que habia en la orilla, y de repente dió tales exclamaciones y prorumpió en tales gritos de alegría, que hicieron huir al buitro, saltando Squat al mismo tiempo y haciéndome señas de que le siguiera.

No queria creer lo que veian mis ojos.

En efecto, habia muerto al leon; ahí estaba, tendido, con las patas tiesas, como si fueran de madera. Entre tanto Squat, loco de alegría, bailaba al rededor del leon.

En este momento me quedé inmóvil, contemplando el cuerpo del rey de los animales con cierta sorpresa mezclada á la vez de respeto.

— ¡Cómo! exclamé en el colmo de mi sorpresa; ¡este terrible monarca ha sido muerto con un tubo fabricado en un taller inglés por hombres que jamás han visto saltar por los aires á un leon furioso!

Durante algun tiempo, mi corazon palpitaba con la mayor violencia, sin poder pronunciar ni una sola palabra; pero mi hotentote no tardó en reponerse, sacando su ancho cuchillo para empezar á separar de su piel al rey de los animales.

Creí que en un momento tan solemne no podia menos de dar las gracias al cielo por haberme librado de una muerte casi cierta, y en medio de mi estupor no me atreví á profanar la sublime obra de la creacion animal. Esta oracion mental no me impidió recordar que podia haber cerca de nosotros una leona, puesto que habia visto á los cachorros. Quité, pues, una hoja de mi libro de memorias, sobre la cual coloqué el resto de mi pólvora para hacerla secar; y cuando quedó terminada esta operacion, cargué los dos cañones de mi carabina.

Mientras tanto, mi astuto hotentote continuaba en su operacion de *tachydermie*, descubriendo, por fin, la causa que habia producido la muerte del leon. La bala penetró en el bajo vientre, y su explosion le habia reducido todas las entrañas á una sangrienta pulpa, debiendo morir en el aire al querer saltar sobre mí para castigar mi audacia.

En medio de su operacion, mi hotentote demostraba el entusiasmo de que se hallaba poseido.

— ¡No, exclamó, el leon no es el rey de la creacion, ni tampoco lo es el hombre blanco... es la carabina Enfield!

— Pues bien, le contesté en medio de la fascinacion de que aun me hallaba poseido, esta carabina y mi caballo puedes poseerlos en cambio de tu diamante.

Squat pareció en aquel momento conmovido; pero no pronunció una sola palabra. El silencio que me veia obligado á guardar al ver desechada mi proposicion, me tenia disgustado.

— ¿Es posible, me decía á mí mismo, que tenga que renunciar á poseer esa piedra? Ahora vamos á continuar nuestro camino en medio del desierto, y ¿quién sabe lo que podrá suceder á mi hotentote? Aun voy á sentir que el leon no le haya devorado, haciéndome así dueño del diamante.

Cuando la piel del leon estuvo completamente separada del cuerpo me dijo Squat :

— Voy á llevar esta piel á mi kraal, y todos dirán: ¡qué hábil tirador es Squat, pues acaba de matar á un leon!

Estas palabras me hicieron concebir nuevas esperanzas, haciendo entonces uso de toda la elocuencia de que era capaz.

— No, Squat, le dije, esta piel me pertenece, porque yo he sido quien ha muerto al leon con la única arma capaz de matarle como si fuera un gato; y sin embargo, te obstinas en no darme tu diamante en cambio de mi carabina. No, Squat, no, porque si volvieras á tu pueblo con esta piel, los ancianos te saludarían, diciendo :

« — ¡Squat es grande! ha muerto á un leon, porque trae la piel! »

» Las jóvenes se disputarían el honor de ser tu esposa, y en fin, ¡Squat seria el rey del pueblo!

Entonces observé en el semblante de Squat, que vacilaba.

— ¿Y cómo quieres que te entregue esta piel de leon que me pertenece con la gloria de haber muerto al leon, cuando rehusas cambiar tu miserable diamante por un buen caballo... miralo bien, por mi carabina, que mata á los leones como si fueran conejos, y

cien libras esterlinas en buena moneda, y por último, por la piel del leon, que te daría gloria, honores, una mujer rica y la corona de rey de Africa?... Jamás.

En aquel momento concluí por seducir á mi salvaje.

— Mi amo, me contestó pudiendo apenas contener su emocion, perdona á Squat: Squat estaba ciego al rehusarte el diamante. Si, Squat os dará el diamante, el grueso diamante del Africa, por la piel del leon, la carabina reina, el caballo, las monedas de oro y los billetes de banco... Todo esto harán las cien libras.

— No, Squat: lo que te ofrecí vale mas de cuatrocientas libras, le contesté, mientras que yo acepto un objeto que ignoro si es un diamante, porque las piedras, cuanto mas gruesas son, engañan mas. Veamos, enseñámela al instante, añadí en tono imperioso.

— Aquí la teneis, me dijo el hotentote con voz asustada.

Al mismo tiempo me entregaba el diamante con tal confianza, que me enterneció; pero comprendiendo que debia todavia mostrarme severo, le pregunté en el mismo tono :

— ¿En dónde has encontrado esta piedra?

— Señor, me contestó el pobre Squat en tono respetuoso, un día que en la granja en donde yo trabajaba, necesitaron yeso, me enviaron á la de Bulteel; y al romper un grande pedrusco, tan duro como el mas fuerte pedernal, se desprendió de repente este diamante.

Squat tenia razon. La piedra fué encontrada en uno de esos fósiles, como uno de esos admirables sapos que la supersticion pretende que quedan adormecidos durante siglos enteros, teniendo un diamante en la cabeza.

— Estos detalles que me das, me bastan, le contesté, porque te considero un joven honrado. Así es que estoy dispuesto á comprarte el diamante; pero antes es preciso que me hagas salir de este bosque, porque no deseo ser devorado vivo, pues carezco ahora de la reina de las carabinas.

Cuando el trato quedó terminado, continuamos nuestro viaje, viendo al antilope reducido al estado de esqueleto y dejando á los buitros muy ocupados en reducir al leon en el mismo estado. Al entrar en el camino, Squat me entregó el diamante y tomó la direccion de su kraal, teniendo al caballo cogido del ramal, la carabina debajo del brazo y la piel del leon sobre la espalda. Marchaba con cierto aire de orgullo, poseido ya del papel que trataba, sin duda, de representar en su pueblo.

Despues de haberle seguido algun tiempo con la vista, me preguntaba si realmente habia hecho una buena adquisicion, viéndome privado de mi fiel carabina, porque no me quedaba sino un revolver para mi defensa.

Como la noche me sorprendió lejos de toda habitacion, me dormí debajo de un árbol, envuelto en mi piel de chacal. Al despertar pude todavia consultar las estrellas para hacerme cargo del sitio en que me hallaba y del camino que debia seguir. Desgraciadamente me dirigí en linea recta y me extravié en medio de una llanura en donde me consideré feliz de encontrar un huevo de avestruz que me sostuvo hasta el día siguiente.

Despues de haber pasado otra noche teniendo por techo la bóveda celeste, confiando que saldría muy pronto del desierto, observé una sombría nube, de una densidad particular que se descubria al nordeste, arrastrada por un viento que me pareció ser el precursor de una tormenta de arena, durante las cuales es preciso cubrirse el rostro para no ser ahogado. Muy en breve esta nube, cada vez mas compacta, apareció con un ruido siniestro, de la que se desprendieron miles de langostas que me envolvian como en medio de un torbellino de arena; las unas se introducian en mis barbas, y otras en mis cabellos. En muy poco tiempo la tierra se vió cubierta de seres vivientes. Los pajaros y los animales de los campos, granívoros y carnívoros, acudian de todas partes para aprovecharse de tan rico festin. Al recordar en aquel momento el sabroso pastel de langosta que me sirvieron en la granja de Bulteel, se me abrió el apetito. Encendí, pues, un admirable fuego con las malezas que abundaban en aquellos sitios, adonde acudian las langostas á asarse. Este maná, tan providencial para mí como lo fué para los hebreos el que nos refiere la Biblia, cayó á mi rededor durante tres horas.

Solo al día siguiente encontré criaturas humanas: eran buscadores de diamantes, que se trasladaban á Pniel; pero su aspecto era tan miserable, que no pude menos de alarmarme por mi diamante. Al verme se dirigieron hácia mí.

— ¡Hola, compañero! Sin duda regresais ya de Pniel.

— Sí, les contesté.

— ¿Habeis tenido mucha suerte?

— No mucha.

— ¿Qué habeis recogido?

— Algunas pequeñas piedras solamente, granates, dos ó tres carbunclos, todo de poco valor. Así es que estoy decidido á hacerme labrador. ¿Habeis pasado por una granja llamada Dal's-Kloof?

— Ayer estuvimos, y fuimos muy bien recibidos.

— Entonces, espero tener la misma acogida. Adios, os deseo buena suerte.

— Gracias, compañero; adios.

Mi diamante se habia salvado.

Al día siguiente llegué á Dale's-Kloof, en donde descansé algunos días. Una semana despues estaba en Cape-Town.

FIN.

Las canteras de Fontainebleau.

Si al ocuparnos del empedrado de Paris nos remontamos, no al diluvio, sino á los romanos, observaremos que estos atrevidos conquistadores y hábiles constructores no empedraban las calles, sino que las echaban primeramente pedernal y despues colocaban encima una capa de argamasa, con la que formaban grandes losas de granito ó de piedra calcárea. En realidad eran caminos y calles enlosadas como las aceras; pero como los carros antiguos eran lentos en su marcha, y su circulacion estaba muy restringida, se acomodaban perfectamente á este sistema, que aun se conserva en la mayor parte de las ciudades de Italia.

Despues de la caida de los romanos, los francos se servian de los bonitos caminos que encontraron hechos, pero que se propusieron no reparar, y menos construir otros nuevos. Así que los caminos se fueron poco á poco destruyendo y se concluyó por circular sobre verdaderos lodazales, hasta que un gran rey, advirtiendo que este sistema no tenia nada de cómodo, trató de modificarlo. Véase cómo se realizó esta admirable reforma.

El rey Felipe Augusto, que habia edificado la torre del Louvre, se hallaba un día al balcon mirando pasar á los transeuntes, cuando un carro arrastrado por bueyes acertó á pasar en aquel momento. Como el muelle no estaba empedrado, la rueda cayó en un surco lleno de fango, esparciendo á su rededor un lodo negro y fétido. Aunque la crónica no dice que el olor llegase hasta las narices del monarca, es probable que Felipe, aunque rey, se apresurara á tapárselas como en semejantes casos hace el último de sus súbditos; pero como soberano inteligente, comprendiendo entonces la utilidad del empedrado, resolvió introducir en su buena ciudad de Paris tan útil mejora, gracias á un impuesto especial que los buenos vecinos pagaron, no sin gritar, como así lo dice la crónica, y enviar á todos los diablos la susceptibilidad de la nariz real.

Este empedrado no es todavia el que hoy vemos, porque el pavimento de la gran travesía de Paris le formaban piedras cuadradas, *quadratis lapidibus*, como dice el autor; es decir, que era completamente igual al que usaban los romanos; así que, en los trabajos ejecutados en el sitio que ocupaba la calzada de Felipe Augusto, se encontraron dos partes de este enlosado hundidas á algunos piés del suelo.

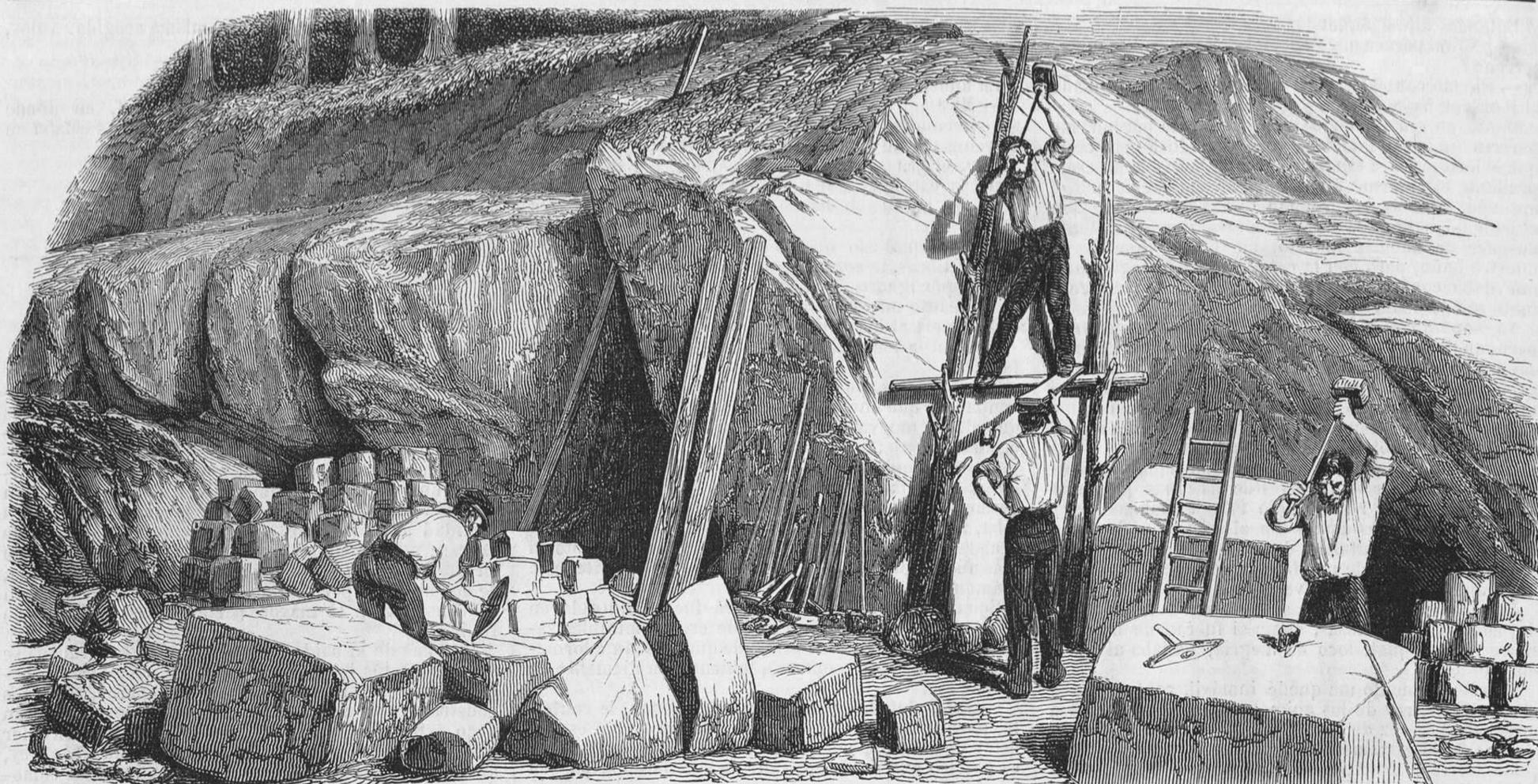
Aunque entonces no era tampoco el empedrado que hoy conocemos, poco á poco se fué mejorando, unas veces bien y otras mal, y con mas frecuencia mal que bien, á pesar de las ordenanzas de Carlos VI y Carlos VII.

Ignoramos si, merced al temor que inspiraba este edicto, consiguieron muy pronto los parisienses el empedrado formado de adoquines; solo podemos consignar que, no obstante los mil ensayos que se hicieron, siempre se volvía á esta piedra, que parecia predestinada á servir de pavimento á la capital de Francia.

No nos detendremos á designar la suma fabulosa que se ha invertido en el empedrado de Paris; solo indicaremos que, si con las piedras que se han cubierto las calles, se hiciera un muro de siete piés de altura, es indudable que hace muchos años este muro hubiera llegado hasta el Havre.

Si los que disfrutamos de este admirable pavimento nos trasladáramos á una cantera, veríamos los trabajos y los esfuerzos que el obrero emplea para arrancar de allí la piedra, conducirla á Paris y colocarla. Si nuestros lectores echan una mirada al dibujo que les presentamos, observarán á los obreros robustos que hienden la roca, y que de los enormes pedazos que extraen hacen salir á fuerza de habilidad, de trabajo y de paciencia, esos pequeños pedazos de forma cúbica que despues incrustan al lado de las aceras y encorvan en las calzadas. El trabajo del picapedrero de los adoquines exige tal vez mas habilidad y práctica que el que se dedica á la piedra calcárea, pues es preciso conocer la naturaleza de la piedra y su dureza, pues no pocas veces es refractaria á los útiles que emplea, y que sin embargo se abre y se rompe en el momento que menos se espera, y bajo un golpe de martillo mal dirigido. Así que la profesion de picapedrero de los adoquines se trasmite, en general, de padres á hijos.

Los útiles de que se sirven los picapedreros, son numerosos: los principales son picos, alicates, mazos, cuñas y martillos. Como estos efectos se deterioran con facilidad, es preciso llevarlos todos los días á la fragua. Cuatro hombres prácticos que trabajen juntos,



Cantera en la selva de Fontainebleau.

pueden extraer de una cantera de 78 á 80 aperones diarios. El precio medio de cada día varia de cuatro á cinco francos diarios. El adocuin en bruto cuesta, puesto en Paris, cincuenta céntimos.

Este oficio seria muy lucrativo, si el trabajo fuera continuo; pero los hielos y las lluvias son bastantes para interrumpir la explotacion. El picapedrero no trabaja solamente en la cantera, porque antes que el adocuin sea colocado en las calles, está sujeto á nuevos trabajos y sufre mil trasformaciones. Nuestro dibujo muestra los adocuiques en su estado primitivo, formando enormes masas de piedra que el obrero rompe y divide en mil pedazos; mas lejos estos pedazos se igualan; aqui es donde concluye el trabajo que se hace en la cantera.

Despues de sacarlos, no sin trabajo, de las excavaciones, se amontonan en el puerto y se embarcan para Paris. Aquí se depositan en los almacenes que tiene el Ayuntamiento, y despues de reconocido uno por uno y marcados con una señal particular que indica su procedencia y naturaleza, se forman pirámides regulares que se asemejan á verdaderos monumentos de arquitectura. Los picapedreros de Paris los cogen despues, los cortan y los igualan enderezando las aristas y labrando los ángulos. Este adocuin, preparado ya, es trasladado á una calzada, y cuesta á la administracion municipal mas de un franco.

Si nuestros lectores quieren formarse una idea exacta de esta importante industria, pueden emprender este pintoresco viaje y visitar la magnífica cantera de la calle de Messina y del matadero del Roule, en Fontainebleau; y despues de haber recorrido su hermoso bosque, pueden pasar á la cantera de Fourcau, desde donde no solo gozarán de un admirable paisaje,



Obrero de las canteras con sus instrumentos de trabajo.

sino que pueden conocer hasta los menores detalles de esta curiosa explotacion.

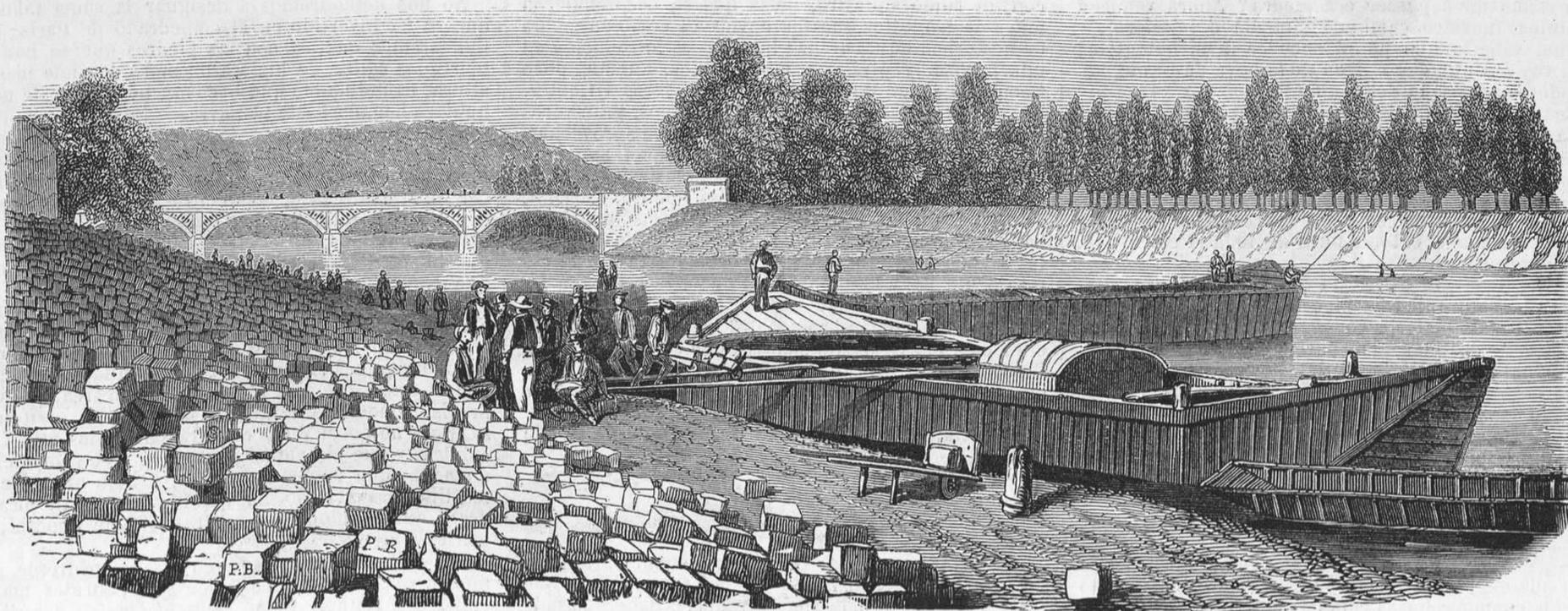
No queremos terminar este artículo sin advertir á nuestros lectores que el empedrado hecho con el adocuin de Fontainebleau es antipático á los ingenieros y causa espanto á la administracion municipal, por ser demasiado blando para las calles de Paris; pero como su precio es menos elevado que el de las otras canteras, á la vez que es bastante fuerte para el interior de las propiedades, su consumo es suficiente para sostener una gran actividad en las canteras de Fontainebleau. Así que los adocuiques de que se forma el empedrado de Paris proceden de las canteras de Ivette, Belloy, Orsay, Maffiers, Saulx-les-Chartreux, y otras.

X.

Usos y costumbres.

EL FELLAH DE EGIPTO.

La prosperidad de las naciones se debe al concurso de dos clases de hombres: los soldados que constituyen su fuerza, y los labradores que forman su riqueza. Despues de conquistar el suelo se volvieron agricultores con el deseo de descansar, y poseidos ya de su fuerza; pero cuando es preciso oponerse á las agresiones de otras naciones, ó resistir á la tiránica opresion de sus jefes, el aldeano recuerda cuál es su origen, toma las armas que esgrimieron sus padres, y



Embarque de adocuiques en el puerto de Valvins, cerca de Fontainebleau.



EGIPTO. — Fellahs.



Mujeres fellahs.

haciendo frente al enemigo, arrostra los mayores peligros para conservar sus tierras, su paz y su independencia. Poco á poco, y en medio de esta alternativa de fatigas y de luchas, la nacionalidad se forma. Además, el soldado no combate por el terreno que posee, sino por el deber que como ciudadano le impone su patria; á la vez labrador, cultiva sus campos, no solo para atender al sustento de su familia, sino para impulsar en su país natal la importación de productos extranjeros. Cuando una sociedad llega á este

periodo, el soldado y el agricultor deben ser considerados nobles, y no debe existir entre ellos ni antipatía ni desprecio, porque á la vez que los labradores aman al ejército, pues encierra á sus propios hijos, el soldado venera la agricultura, porque le ha alimentado en sus primeros años y tal vez continuará manteniéndole en su vejez.

Este es el bello ideal de todos los pueblos civilizados, y que nos ofrecen las diversas fases de esta gradación política.

No sucede así en Egipto, en donde hace mucho tiempo el ejército se componía de mercenarios y esclavos recogidos de todas las comarcas del Oriente y que eran mas crueles que los tiranos que tenían la misión de defender.

Las sucesivas conquistas que han esclavizado al Egipto, y el género de dominación que ha sufrido durante las vicisitudes de estas empresas belicosas, explican bastante esta anomalía. Bajo la dominación de los sirios, el ejército de ocupación no se reclutaba en



El castigo de los palos.

la Siria; y cuando el Sallah-Eddyn componía su milicia de mamelucos, que se hizo tan célebre en la historia del Egipto musulmán, no hizo más que continuar la costumbre que observaron sus predecesores. El habitante de los campos que ha salido, no obstante, de una raza de conquistadores, cesa completamente de figurar entre los defensores de su país; á pesar de ser el único poseedor del suelo adquirido por la victoria, se vuelve el hombre de la gleba: el esclavo de todos.

El *fellah*, despojado de su importancia y de su dignidad de agricultor, solo conserva el triste y penoso trabajo de mantener á sus ingratos amos. Vive sobre un pedazo de tierra, cuyos productos no le pertenecen y que cultiva con arreglo á la voluntad del absoluto bajá; habita una choza llena de lodo y á la sombra de una delgada palmera. Las propiedades y sus goces no se extienden mas allá de la pipa que fuma constantemente bajo el rico sol de África; no piensa, ni se forma la mas ligera ilusión, porque el pasado apenas le preocupa; no piensa en el porvenir, y el presente.... es su pipa, su cabaña y su palmera que el sol fecundiza.

El árabe, que no debe ser considerado como un ser físico degenerado, es alto y musculoso; sus rasgos son regulares, hermosos y nobles; su mirada es viva, y sus largas y negras pestañas le dan cierta expresión de melancolía; sus labios son gruesos y frescos; su dentadura es bonita; la forma de su rostro no carece de distinción; su ancha frente y sus prominentes mejillas anuncian cierto desarrollo en su inteligencia, mientras que la parte baja de su semblante, delgado y poco carnoso, parece indicar el predominio que ejercen sus facultades espirituales sobre los instintos materiales. Desgraciadamente todo esto está bajo una capa de indolencia, de ignorancia y de mugre. El Korán sostiene las dos primeras, sin que haya conseguido hasta ahora hacer desaparecer la segunda.

En medio de la insensibilidad en que vive el aldeano, no olvida las primeras condiciones de su existencia, porque apenas llega á los veinte años, que ya quiere casarse. Además, entre los musulmanes existe hasta un deber religioso de constituir una familia durante la juventud del hombre; pero antes debe pensar en adquirir la unidad que deje á su mujer, que consiste ordinariamente en una suma de ochenta *riyals*, (el *riyal* vale próximamente un franco), y si esta renta consistiera en objetos de tocador, su valor es de menor importancia.

La mujer del *fellah* es esbelta, ágil y bien hecha; tiene los mismos ojos negros que se admiran en el hombre; pero su fisonomía carece de expresión y de inteligencia. A los doce años llegan á la pubertad, y no pocas veces á los catorce han experimentado ya los dolores de la maternidad; y á los veinte y cinco años, el clima abrasador del África y los trabajos que son inherentes á la triste posición en que vive, la hacen vieja.

La vida de la mujer del *fellah* es penosa, porque tiene que sufrir el fastidio y las fatigas de todos los quehaceres domésticos, pues tiene que preparar los alimentos, hilar algunas veces el lino, el algodón y la lana; hace con paja cortada y estiércol una especie de torta llamada *guillés*, único combustible de que se sirven en las aldeas; cuida á la vaca, ó al búfalo, ó á las gallinas; y no pocas veces tiene que ayudar á las faenas agrícolas.

Estos trabajos no están compensados por las consideraciones que le guarda su marido. Lejos de eso, está mas esclavizada que las mujeres de las clases mas elevadas, porque pocas veces come con su marido. Apenas se atreve á dirigirle la palabra sin permiso del *sidy* (marido) y cuando le lleva el café (*gahoute*) espera, teniendo una mano sobre el pecho y la otra sosteniendo la taza, hasta que su amo se digne levantar la vista y manifieste su voluntad de tomar la taza. De este modo el aldeano hace sufrir á su compañera los desdenes que tiene que soportar de sus superiores, pues entre estos la palabra *fellah*, que solo significa cultivador, es reputada como despreciativa y hasta injuriosa. Cuando sale con su mujer, marcha delante, llevando ella en caso necesario la carga, aunque tenga que llevar un hijo en brazos y otro al pecho, porque *sidy* no debe tener nada en las manos, á menos que sea su pipa.

La pareja *fellah* es sobria por temperamento y por necesidad. Su alimento ordinario, en el que no debe mezclarse la carne, se compone de pan duro, leche, huevos, queso fresco ó salado, sandías, calabazas, nabos, dátiles, ajos y algunas veces pescado salado; y aunque el arroz no es caro en Egipto, es una comida muy cara para él. Todo el lujo que despliega la pobre familia árabe, consiste en el café y en el tabaco. El café que preparan es muy fuerte, y no se le echa ni leche ni azúcar; y el tabaco que se cultiva en el país es de un color verde pálido, pero al quemarse espere un olor dulce bastante agradable.

Los aldeanos están no pocas veces vestidos de harapos; en el campo se encuentran con mucha frecuencia hombres que tienen por único traje un pedazo de tela de algodón atado á la cintura, y un miserable gorro de fieltro en la cabeza. Cuando no son tan pobres usan unos calzones blancos (*abá*) de algodón, y encima una camisa (*kamys*) de lienzo azul ó de lana oscura, ajustada á la cintura por una cuerda. Sobre esta camisa se echan un manto (*abá*), cuya forma varía, y con el que se encubren. La cabeza, que la tienen afeitada, está cubierta primero de un casquete de

algodón blanco llamado *taggeli*, y después de colocarse el *tarbouche* de lana encarnada, se encubren con el chal, que viene á completar el *emmech* ó turbante. El chal, que es de cachemira para las personas acomodadas, para los pobres es una especie de banda de muselina ó de lana. El *fellah* no anda con los pies desnudos.

Las mujeres usan también pantalón de algodón y la camisa de lienzo azul, y sobre la cual se echan algunas veces un gran pedazo de tela (*melaye*) rayada con los colores mas vivos. Un pañuelo (*ezbeli*) de seda ó de algodón con una ancha franja amarilla ó roja envuelve su cabeza, dejando caer las puntas por los lados. Este es el traje que usan en el interior de sus casas. Para salir se ponen un velo (*tarhah*), hecho de crespon ó de tela de algodón que se echan atrás y que dejan algunas veces arrastrar por el suelo; y el *borgo* que las cubre el semblante desde los ojos y baja hasta las rodillas. Los cabellos están trenzados con gran esmero, y á los cuales unen chapas de plata ó pequeños cascabeles. En general las mujeres *fellahs* llevan anillos en las orejas y algunas hasta en las narices. Otras se pintan la frente, los labios, la barbilla y el pecho con picaduras negras ó azules que no se borran; y casi todas las mujeres del pueblo se pintan las uñas en las grandes solemnidades con el *henne*.

Estos cortos detalles serán suficientes para juzgar de la tristeza que reina en el interior del *fellah*.

Los niños cuestan muy poco á sus padres criarlos, porque á los seis años guardan ya el rebaño; y poco tiempo después se dedican á las faenas agrícolas. A pesar de los recursos que ofrece la vida campestre, y que los auxilios de los hijos pueden ser de tanta utilidad á sus padres, algunas veces es tal la miseria del *fellah*, que se le ve morir de hambre por las calles. En las ciudades muchos indigentes se ven obligados á vender á sus hijos. Cuando una mujer muere dejando un niño de pecho ó de corta edad, y el *sipere* carece de medios, la hace depositar á la puerta de una mezquita, de un baño ó de otro sitio público. En este caso, la desgraciada criatura es muy en breve recogida, y no pocas veces considerada como un hijo adoptivo. A pesar de la miseria que reina en este país, debemos consignar que este abandono no es muy común. Otros padres mas culpables, pues, no obedecen al terrible impulso del hambre, educan á sus hijas para un rico harem, y cuando llegan á la edad de catorce años, las entregan á los vendedores de esclavos; pero esta punible conducta no se observa en las aldeas. Aquí los jóvenes son únicamente vendidos por sus mismas familias para que sirvan de sustitutos en el ejército.

El aldeano es, pues, pobre y envilecido, y en medio de su miserable existencia, las castas mas favorecidas de la fortuna abusan de él para hacerle aun mas miserable y abyecto. El *fellah* es el que provee al tesoro de recursos; pero al imponerle una contribución que no guarda proporción con el valor de su fortuna, le impone, además, trabajos por cuenta del gobierno. Al presentarse el fisco, el *fellah*, fiel á la tradición de sus padres, se opone á pagar, alegando que nada posee. Entonces el empleado encargado de la recaudación hace coger al árabe y le exige que pague en el acto; pero este, que lleva siempre su peculio en la boca, contesta que no puede, poniendo por testigo á Alá-Mohammed. El empleado que apenas le escucha hace una seña, y dos hombres le agarran y le ponen boca abajo, atándole las dos piernas á un palo que sostienen dos esclavos, mientras que otros dos esclavos le pegan en la planta de los pies con una tira de piel de hipopótamo. Durante este suplicio innoble, la víctima grita en tono lamentable:

— *Fyarth, Allah, fy ardh Enmaby, Mazlomi, ya, naz; Mazloun ya Bey, fy ardtak.* (Yo me pongo bajo la protección de Dios; bajo la protección del Profeta; yo me veo oprimido; ¡oh, hombres! sí, yo me veo oprimido; ¡oh bey! yo me pongo bajo su protección!)

Con arreglo á la ley de solidaridad que rige en este país, los ancianos de la aldea deben asistir á esta escena, pues si el paciente no paga, queda á su cargo la cuota de contribución. Así que muchas veces algún anciano mas compasivo que los demás se prosterna delante del gobernador y le suplica en términos patéticos que dé la orden para que se suspenda el suplicio.

— Espera un poco, le contesta.

Y los espectadores novicios se sorprenden y se indignan de la indiferencia con que se oyen los lamentos del infeliz. Cuando de repente el deudor, vencido sin duda por el dolor, escupe oro.

Si alguna vez le quedan algunas piastras, le son arrebatadas por los administradores subalternos; pues si bien todos los años el inspector general trata de averiguar si los empleados de hacienda han cometido algunos abusos en el cobro de las contribuciones, estas investigaciones se reducen á una inútil formalidad.

Por estos detalles se puede comprender fácilmente la importancia que puede tener el ejército compuesto de tropas indígenas que el *Nizam-Djedyd* ha organizado, inspirado sin duda por Alá, puesto que ofrece al pueblo egipcio, sin necesidad de trabajar, pan, un vestido completo, y en algunos casos una pensión.

Pero el árabe no lo cree así, pues por triste que sea la vida miserable que arrastra, la prefiere á todo; su hogar, el calor que siente y el aire que respira, tienen para él indecibles atractivos; y cuando el cheik ar-

rebata á estos parias de su existencia vegetativa, el desgraciado se considera oprimido como si le hubiesen arrebatado los mas dulces goces de la vida. Para librarse, pues, de *Nizam*, todos los medios, por violentos que sean, los consideran buenos. Así vemos á las mujeres ir de pueblo en pueblo mutilando á los jóvenes; á unos les arrancan los dientes de delante; á otros les cortan el dedo índice; y algunas veces introducen un poco de cal viva en un ojo para que se queden tuertos.

Entre tanto, los niños educados en medio del horror que se siente en el Egipto de ser soldado, se presantan, sin murmurar, á una mutilación que debe librarlos de tan terrible contribución. Z.

SOBRE LOS VIAJES POR ESPAÑA

DEL

BARON ROSMITHAL DE BLATNA

Y DEL

MAGNIFICO MICER ANDRÉS NAVAGERO.

(Continuacion.)

« Y porque el dicho Abad y el Regente » Gatnara como testigos de vista darán larga cuenta » de todo, no diré yo lo que he oído que de vista no » puedo decir nada, porque como el saquear á Roma » fué tan súbito y tan cruel, harto tenía hombre que » hacer en guardar la vida y la casa, y á Dios plugo » que me con dos mil ducados que dí á los españoles » me guardaron y defendieron mi posada, donde reco- » gí mas de LX personas que se me encomendaron, » pensando que con ser secretario de vuestra majes- » tad los salvara sin que me costara nada, y pues co- » mo he dicho se salvó la vida y lo que tenía en casa, » dése todo por bien empleado, con esperanza que » me queda que vuestra majestad se acordará de ha- » cerme alguna merced con que pueda satisfacer á » los que me han socorrido para esta necesidad, y así » lo suplico humildemente á vuestra majestad junta- » mente con mandarme pagar mi salario y ayuda de » costas, como muchas veces lo he suplicado á vues- » tra majestad, á quien así mismo suplico me mande » escribir lo que es servido que yo haga de mí, si ire » allá ó estaré aquí, y en caso que oviere de quedar- » me me mande proveer de lo necesario para vivir, » porque de otra manera es imposible que yo pueda » estar acá por lo mucho que aquí se gasta, por la » gran carestía que hay de pan y de lo demás.

» Los tratos y conciertos que se platican con el Pa- » pa no sé mas de lo que oyo, y por esto me remito » al Abad y al Regente Gatnara que lo escribirán á » vuestra majestad como testigos de vista, en especial » el Regente que yendo ó viniendo del Castillo lo hi- » rieron en un brazo con un arcabuz, mas no es de » peligro.

» El Cardenal Coluna, Vespasiano y Ascanio Colu- » na, vinieron aquí á los X de este, y si vinieran un » día antes quel exercito llegara, aprovechara mucho, » porque los romanos hicieran todo lo que los colone- » ses quisieran y tuvieran espaldas con ellos para » contradecir lo que el Papa les mandaba que ningun- » no osaba hablar al contrario, porque luego les pon- » nian en el Castillo, y este temor fué causa de ser » Roma saqueada con tanta crueldad cuanto los tur- » cos lo pudieron hacer, pues no dexaron iglesias ni » monasterios de frailes y monjas y beatas, y lleva- » ron toda la plata y reliquias en ella y hasta las cus- » todias donde estaba el sacramento, y casas huvo » que fueron dos y tres veces saqueadas así de carden- » nales como de otros, y llevados presos los Cardena- » les de Sena, Minerva y Araceli; y si la Valla, y Ce- » saris é Suchefor y Jacobacis no huýeran á las del » Cardenal Coluna les hicieran lo mismo que á los » otros, y al cabo todos estos cardenales se juntaron » en casa del dicho Cardenal Coluna salvo los dos » frailes; y así mismo se retiraron allí infinitos hom- » bres y mujeres que aunque es bien grande su casa » fuera menester mayor. Cierto ha sido mucho reme- » dio la venida del Cardenal y de sus debdos para » muchas gentes, y pluguiera á Dios que viniera an- » tes, por que cierto se estorvara el saquear y las » muertes y prisiones de muchos que certificado á vues- » tra majestad que nadie en Roma se escapó que lo » uno ó lo otro no le interviniese, ó el menor mal ser » compuesto que harto tiene el Cardenal Coluna que » hacer en concertar el paño de las tallas y dar segu- » ridad dellas. Todos los vasallos y servidores de vues- » tra majestad huelgan mucho de ver á vuestra ma- » jestad señorear á Roma y lo demás; pero quisieran » que lo de aquí fuera sin haber intervenido tantos » males y pérdidas, que es grande compasión por la » gente que queda perdida para siempre, porque no » se contentaban con saquear las casas; mas pren- » dian los dueños dellas y poníanlas tallas y los que » no las pueden pagar los llevan consigo presos y á » los prisioneros que tomaban les daban tormentos

» fortísimos para hacerles conocer el dinero que tenían y á donde estaba soterrado ó guardado, y así hallaron cuanto dinero estaba escondido. Digo esto porque pasa así en verdad, porque es razón que vuestra majestad lo sepa y mande escribir á estos cardenales imperiales que son los que estaban en casa de Coluna para que tengan algun consuelo, que están agora muy mal contentos así por lo mucho que han perdido como por estar corridos que siendo servidores de vuestra majestad los hayan así tratado; y no menos lo está el embajador de Portugal que le dexaron en calza y jubon y le llevaron preso al Burgo aunque ya es suelto; estaba infinita gente en su casa con mucha ropa, dinero y joyas y todo lo perdieron y los dueños fueron prisioneros y se rescataron en harta cantidad y porque sería enojoso á vuestra majestad decirle mas particularidades de lo que aquí ha pasado cerca desto no alargó mas sobre ello.

» Han hecho gobernador á Mos. de la Mota y ya comienzan á entender en lo que mas conviene al buen regimiento desta cibdad. Dios lo encamine todo á su servicio y el de vuestra majestad.

» Créese que si Mr. de Borbon no muriera que no hicieran tantos males como se han hecho y cierto fué gran daño su muerte.

» Los colunenses vienen quejosos del Consejo de Nápoles porque nunca les quisieron dar licencia que viniesen ni dexaron salir la gente del reino (de Nápoles) y su venida fué mas como varones de Roma que como vasallos de vuestra majestad, porque M. de Borbon les escribió que viniesen y determinaron de venir en esta color, y cierto como he dicho ha sido harto provechosa su venida; yo escribí siembre á D. Hugo y á Alarcon lo que á los servidores de vuestra majestad parecia cerca del venir aquí la gente del reino, y los colunenses vieron mis letras y con ellas requerian á los del Consejo que pusiesen aquello en efecto, mas otros escribian al contrario y así lo dexaron de hacer, lo que plugiera á Dios que no dexaran y fuera vuestra majestad como amo obedecido y temido, y do se oviera destruido tanta gente, pues vuestra majestad ninguna cosa ha ganado en ello, pues los lanzqueneques agora des pues de ricos se amotinaron cada hora porque les paguen y lo mismo harán los españoles un dia de estos si se les antoja. — Sa. Cesa. Catha. Majestad, Nuestro Señor por largos tiempos guarde la sacratísima persona de vuestra majestad con aumento de mayores reinos y señoríos. — De Roma á xvii de Mayo de 1527. »

Quando los imperiales no respetaron en el saco de Roma ni al propio secretario del emperador, bien claro está que aquel suceso no fué por él decretado ni consentido, por mas que se alegrase, como todos sus súbditos, de haberse enseñoreado de Roma para castigar los procederres falaces de Clemente VII, que no comprendió nunca, aunque luego afectó comprenderlos, así la magnanimidad de Carlos V como lo sincero y profundo de sus sentimientos religiosos, mas fuertes que sus ambiciones, que nunca fueron tales como las suponian sus émulos para dar color á su mala voluntad y á sus torcidos propósitos.

IV.

Grande fué el escándalo que en la cristiandad produjo este suceso y los enemigos del emperador se aprovecharon de él con afán, como del mejor y mas plausible motivo que podian alegar para declarar la guerra, y es de notar que entre ellos se distinguieron por su aparente celo Enrique VIII, hereje cismático que murió siendo enemigo de la Iglesia y del papa, y Francisco I, que tantas veces favoreció á los luteranos en Alemania, y que hasta se salió con los turcos, que eran los mas terribles enemigos de la cristiandad en aquel tiempo, amenazando á la Europa á la par con sus ejércitos por la parte de Hungría, cuyo reino invadieron en 1526, derrotando, como se ha dicho, al rey Luis, y con sus naves por el Mediterráneo, salteando casi de continuo los puertos de Italia, hasta que se quebrantó para siempre su poder en las aguas de Lepanto.

Estuvo la corte en Palencia y sus alrededores hasta mediados de octubre, y visto por el emperador que no cesaba la peste en Valladolid y que Palencia no tenia comodidades para su alojamiento y el de sus criados y oficiales, determinó pasarse á Burgos. Siguiéron los embajadores la corte, y entre ellas Navagero, que describe esta ciudad como todas aquellas en que residió, refiriendo hasta los nombres de los dueños de las casas en que estaba aposentado; en Burgos nota la tristeza de su suelo y cita un dicho atribuido á un don Francés, que no hemos podido averiguar quién sea, dicho que pone en nuestra lengua y es como sigue: « Burgos trae luto por toda Castilla; y el sol, como las otras cosas, viene á Burgos de acarreo. »

Después de dar cuenta de lo mas notable que habia en la ciudad, dice Navagero que los embajadores de la liga estuvieron negociando vanamente la paz hasta enero del año 1528, no habiendo querido Dios, sin duda por los grandes pecados de los hombres, que se lograra.

Añade, que este negocio de la paz se trató y consideró maduramente por los embajadores de la liga,

cuyos nombres consigna exactamente en el párrafo 80 del itinerario, y dice que visto que no habia medio de establecerla resolvieron todos, menos el nuncio del papa Micer Baltasar Castellon, que no asistia á las conferencias desde que Clemente VII estaba preso, ir á palacio á notificar al César que, conforme á las instrucciones que para ello tenían, estaban resueltos á salir de la corte de Castilla y á volverse cada uno á su patria.

El emperador contestó en los términos que recuerda Sandoval y que ponemos por nota á este párrafo del itinerario de Navagero, y como estaban todavía en las cortes de los soberanos que formaban la liga los embajadores de Carlos V, acordó este con gran prudencia detener á los que residian en Castilla representando á sus enemigos, hasta que entrasen en España y estuviesen por tanto salvos y seguros los embajadores españoles. La falsía con que habian procedido los coaligados autorizaba este procedimiento. El rey de Francia habia faltado villanamente á sus promesas y á las cláusulas de la Concordia de Madrid. Enrique VIII de Inglaterra rompió sin causa alguna la alianza que habia hecho con el emperador, siendo ministro y casi autor de esta infamia el cardenal Wolsey, que tan felónicamente se manejó en todo este asunto; y por último, hasta el mismo Clemente VII, guiado por la gran ambición que le dominaba, y considerando mas que su carácter de jefe de la Iglesia sus pasiones y las de la familia Médicis á que pertenecía, se hizo digno de las calificaciones acerbas que le dirigen todos nuestros historiadores.

El hábil y sagaz embajador de Carlos V en Venecia descubrió desde luego las maquinaciones é intrigas de los enemigos del César, que siéndolo irreconciliables y decididos, todavía trataban de guardar apariencias de amistad, y en carta de 15 de enero de 1527, dice:

« Anoche recibí la de vuestra majestad y quanto á la ida del general de San Francisco al Sor viso-Rey » plegue á Dios que no tenga el Papa debaxo de aquel » enviar y pláticas algun engaño encubierto que aun » que yo no sé las particularidades que se platican, » lo que por ahora veo y entiendo me face con mucha » razón tener siempre y en esta plática sospecha del » Papa, lo que veo es que el Nuncio del Papa está » juntamente con el embajador de Francia con estos » Señores; por mucho espacio, y especialmente cuan » do viere correo de ahí no falta estar juntos. »

Estas sospechas se convirtieron en pruebas evidentes de enemistad, y por lo que toca á los venecianos, no solo eran los que daban mas calor á la liga, sino que cuando esta todavía no se habia declarado abiertamente contraria, y cuando sus embajadores afectaban negociar la paz en Valladolid, en Palencia y en Burgos, esto es, á fines del año de 1527, obraban con el embajador del César en Venecia, como se puede ver en el siguiente pasaje de una carta de Alonso Sanchez de 22 de diciembre:

« Después de la que en xiv de este escribí á vuestra majestad los de esta República *intercibieron* una » posta de Trento con cartas que me traía de Flandes » de Madama de 11 de este, y trageron aquí al que la » traía con ellas de viii leguas de aquí, y después de » haberle entretenido tres dias le volvieron xxxv es » cudos que me traía, los cuales habia yo aquí gasta » do por mando de Madama y le dieron una carta de » su alteza para mí abierta, y dícame en ella que me » envía cartas para el general de San Francisco y pa » ra mí de D. Inigo de Mendoza y mándame su alteza » que la del general envíe á Roma con cualquier co » ta á toda diligencia al dicho general ó á quien por » vuestra majestad estuviere allí que cumple mucho » á su servicio. Estas cartas de D. Inigo para el gene » ral y para mí no las dieron, mas se las han deteni » do. Dios quiera que no hayan sacado las cifras, que » tienen uno que las saca todas. No les he pedido las » cartas porque fuera por demás, pues hacen tan á la » descubierta los malos oficios, que es notorio no las » dieran. »

En vista de tal proceder de los venecianos, no hay para qué insistir en probar su mala fe en las negociaciones de paz, y por otra parte, se ve la sin razón con que Navagero se queja de lo que con él y con los demás embajadores hizo el emperador después que le notificaron la guerra.

Mientras mas se conocen los sucesos que acontecieron en Europa de 1521 á 1528, mas bella se presenta á nuestros ojos la gran figura de Carlos V, y mas resplandecen sus grandes cualidades, entre las que se destacan la hidalguía y el amor sincero de la paz y de la felicidad del género humano; de lo cual hubo sin duda alguna de persuadirse, aunque tarde y por poco tiempo, el mismo Clemente, viendo la generosa conducta seguida por el emperador después de sus victorias en Italia, proceder magnánimo que obligó al papa á confesar al cardenal Loaisa, como este refiere al César en carta de 3 de julio de 1530, tratando del negocio de Ferrara, sobre el cual « el papa respondió delante de muchos cardenales y prelados y embajadores en suma, que él queria tomar tiempo para » deliberar sin perjuicio del derecho del duque ni de » la Sede Apostólica, y dándoles esperanza de que por » su parte no se desharía la paz que Dios y Vuestra » Majestad habian dado á Italia, la cual no esperaba » que se habia de conservar por ninguna persona del » mundo, sino por Vuestra Majestad, y habló muchas » veces bien en vuestra imperial persona y á todo es » to era cabe el duque de Albania y otros franceses

» que lo oían. Yo, Señor, otro dia, me fui á comer con » Su Beatitud y se apartó conmigo á hablar dos ho » ras, á donde de nuevo en sus palabras conocí que » Vuestra Majestad era en sus ojos y en su corazón, » quejándose que si alguno pensaba otra cosa le ha » cia mucho agravio y era de poco entendimiento, y » que era verdad que él deseaba por el bien público » que V. M. y el cristianismo fuesen mucho acordes y » él lo tentaba de continuo como podria ser; pero que » cuando no se hallase verso para tal efecto que sería » vuestro hasta la muerte, y que no sabria ni podria » faltáros, porque toda la bondad y el remedio de la » Iglesia le parecia que Dios la habia puesto en Vues » tra Majestad y que los franceses eran mentirosos y » que no pretendian sino su acrecentamiento (1). »

Puede asegurarse que los embajadores de la liga no trabajaban sinceramente por la paz, pues las potencias que representaban seguian haciendo la guerra por los medios mas enérgicos y eficaces que podian emplear, así que no aceptaron ninguna de las concesiones que se les otorgaron, siendo tales que ya en Burgos se les concedia mas de lo que habian pedido en Palencia; pero se disculpaban con que no tenían poderes para concluir; y el embajador de Inglaterra, buscando pretextos para el rompimiento, pidió al emperador tres cosas: la primera, que luego sin dilación alguna pagase al rey su señor todo lo que en dinero le debía de empréstitos que le habia hecho; la segunda, que le diese 500,000 ducados en que habia incurrido de pena por haber quedado con él de casar con su hija y no haberlo cumplido; y la tercera, que satisficiera y pagase al rey de Inglaterra la indemnidad á que se habia obligado de pagar por el rey de Francia en Londres, que hasta aquel dia eran cuatro años y cuatro meses. Como el emperador contestó, esto era suscitar cuestiones nuevas sobre las cuales nada se habia dicho antes, y por lo tanto era señal de que no se queria la paz. Y en efecto, sin aguardar nuevas instrucciones los embajadores de la liga declararon solemnemente la guerra y se despidieron; y para confirmar todavía mas la aviesa disposición de ánimo de sus soberanos, el dia después de esta declaración, que era el 22 de enero de 1528 y en la misma ciudad de Burgos, vinieron á palacio el rey de armas de Francisco I llamado Guena, y el del rey de Inglaterra llamado Clarenceo, y pidieron por medio de M. de Nassau audiencia al emperador, quien dijo que se le daría aquella misma mañana entre diez y once. Véase cómo refiere esta escena *Valdés*, testigo de ella probablemente, que no da sin embargo tantos pormenores cancellerescos como Sandoval en el libro XVI de la vida del emperador Carlos V. La relacion de Valdés forma parte del diálogo de Mercurio y Caron, y es como sigue:

MERCURIO.

Despedidos que se hobieron del emperador los embajadores de Francia é Inglaterra, Venecia y Florencia, vinieron esta mañana á palacio del emperador dos reyes de armas, uno del rey de Francia y otro del rey de Inglaterra, y pidieron al emperador que les diese audiencia, la cual él les quiso dar públicamente, porque ya sabia que lo querian desafiar. Y sentóse con mucha pompa en la principal sala de su palacio, y al rededor de él estaban muchos grandes señores y prelados de todas naciones que en su corte se hallaron.

CARON.

¿ Vístelo tú eso, Mercurio? »

MERCURIO.

Mira si lo ví y noté cuanto se hacia. »

CARON.

La mitad de mi barca diera por haberlo visto. »

MERCURIO.

Yo diera una de mis alas por no haberme hallado presente. »

CARON.

¿ Por qué? »

MERCURIO.

¿ Piensas tú, Caron, que poco trabajo sentia yo en ver la iniquidad de aquellos principes, sin que alguna causa ni razón, enviaban á desafiar al emperador, el uno sobre haber rompido su fe y el otro llamándose defensor de la fe, favoreciendo al rompedor de ella? Los reyes de armas que estaban al cabo de la sala, con sus cotas de armas en los brazos izquierdos, se vinieron derechos para el emperador, y hechas tres reverencias hasta el suelo, se hincaron de rodillas en la grada mas baja del estrado donde el emperador estaba, y desde allí el rey d'armas de Inglaterra, en nombre de entramos, dijo: que conforme á las antiguas leyes y costumbres se presentaba ante Su Majestad, para decirle algunas cosas de parte de los reyes de Francia et Inglaterra sus amos. Que le suplicaban les diese seguridad, mientras esperaban la respuesta, mandándolos guiar seguramente hasta sus tierras. El

(1) Heine, *Cartas del cardenal Garcia de Loaisa al emperador de los años 30 á 32*, Berlin, 1848.

emperador respondió que dijese lo que les era mandado, que sus privilegios les serian guardados, y en sus tierras ningun enojo les seria hecho. Luego el rey d'armas de Francia leyó un cartel y por decirte la verdad, al principio yo pensé que queria predicar, segun las palabras con que comenzó.

CARON.

Así era menester para decir una cosa absurda y fea, comenzase por palabras santas y buenas.

MERCURIO.

A la fin decia que el rey de Francia su amo, viendo que no queria aceptar las condiciones de paz que le habia ofrecido, ni dejarle sus hijos, ni libertar la persona del papa, ni pagar al rey de Inglaterra lo que le debía, se declaraba por su enemigo, notificándole que le haria en sus tierras y súbditos todo el mal que pudiese.

CARON.

Tres cosas te quiero notar sobre eso, Mercurio. La primera será; pues sabian que el papa estaba libre, ¿á qué propósito decian que el emperador no queria libertar la del papa?

MERCURIO.

Porque como he dicho, ese era el principal achaque que ellos pensaban tener para hacer el desafio, y no sabian cómo la noche de antes habia el emperador recibido cartas de Italia en que le avisaban de la libertad del papa, y de la manera como habia pasado.

CARON.

¿Qué, me dices que esa misma noche llegó la nueva?

MERCURIO.

Así pasa.

CARON.

Dígame la verdad: que nunca vi llegar cosa á mejor tiempo. La segunda será preguntarte, si antes d'este desafio el rey de Francia hacia cuanto mal y daño podía al emperador.

MERCURIO.

Ya tú lo has oido.

CARON.

Luego ¿de qué servia declararse agora por su enemigo?

MERCURIO.

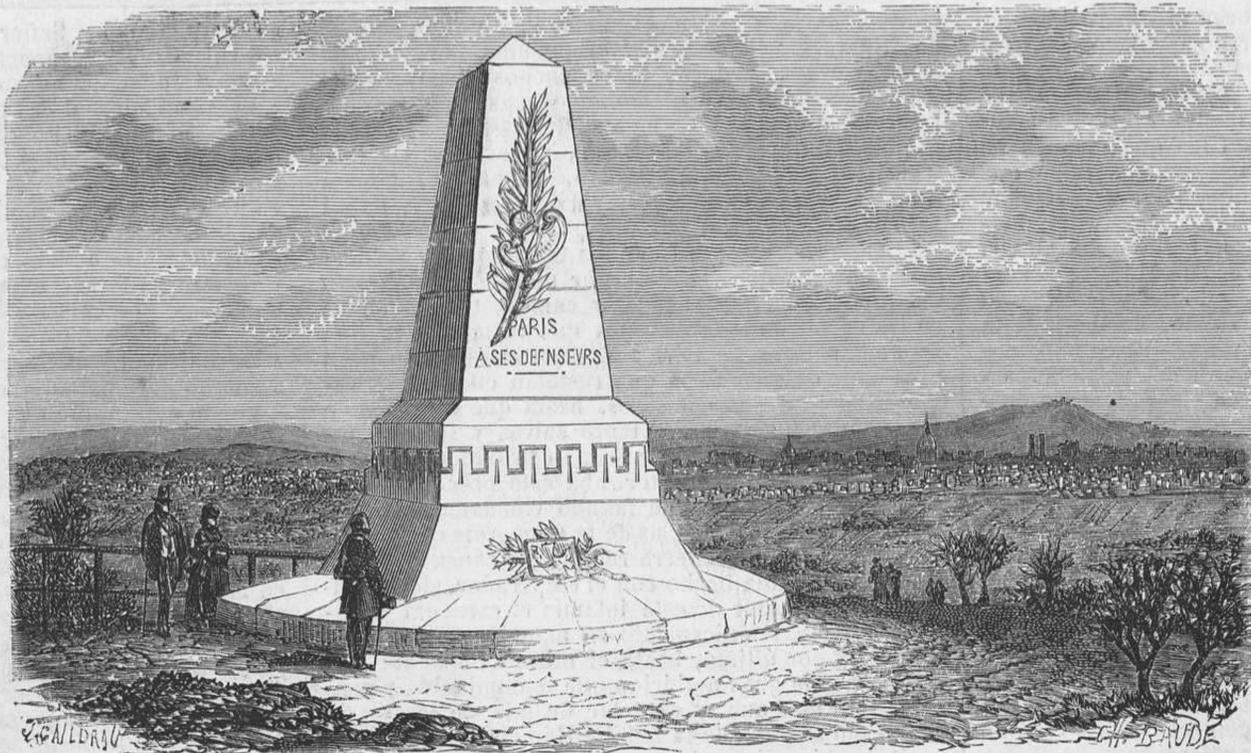
Pienso haberlo permitido Dios, porque el emperador se despertase y proveyese lo que convenia.

CARON.

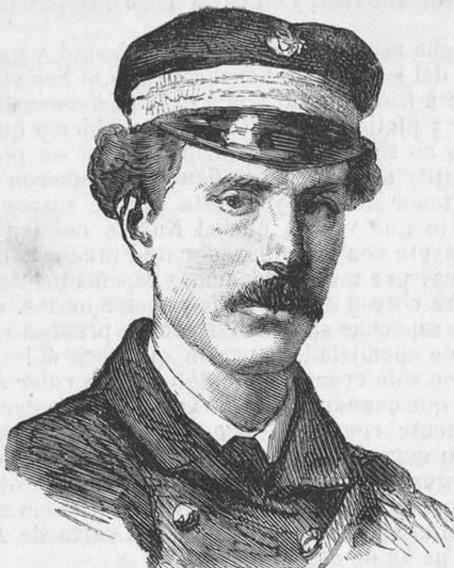
Yo así lo creo, y tengo por muy gran necesidad lo que franceses hicieron en desafiarlo. Pues lo tercero será, que me parece una muy grande iniquidad lo que dice que haria todo el mal y daño que pudiese en los súbditos del emperador. Veamos, pongo por caso, que el rey de Francia tenga mucha razon de quejarse del emperador; ¿qué culpa tienen sus súbditos?

MERCURIO.

Ve tú á disputar eso con él, y déjame á mí acabar. Como el rey d'armas de Francia hobo leído su cartel, el emperador mismo, por su propia boca, le respondió: que se maravillaba que el rey de Francia lo desafiase, pues siendo su prisionero de justa guerra no lo podia ni debia hacer, y que pues se habia tan bien defendido en siete años que le habia hecho guerra sin desafiarlo, agora que le avisaba, él se tenia por medio asegurado. Y en lo que decia de la restitucion de sus hijos, que él se habia puesto mas de lo que por razon se habia de poner con voluntad de restituirse los. De manera que la libertad de ellos no quedaba sino por él. Quanto á la deuda del rey de Inglaterra, que él estaba aparejado á pagar lo que debia, como muchas veces habia dicho. Quanto á lo del papa le dijo, que la noche de antes le habian venido nuevas de como era puesto en su libertad. Y á la fin le dijo: que pues su cartel era largo, y en él habian escripto todo lo que se les habia antojado, que él mandaria responder en otro papel que no contenia sino verdades.



Monumento conmemorativo de los combates de Chatillon.



El aeronauta del Richard Wallace.

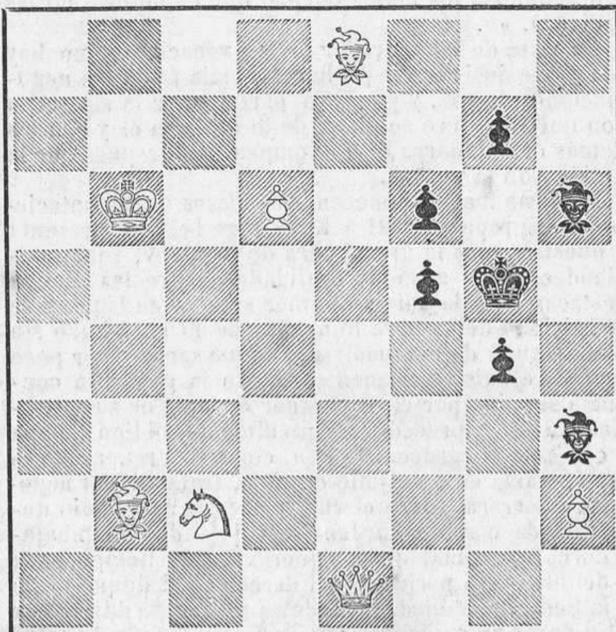
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 396.

- 1 T toma P P toma T
2 Rª 1ª Rª jaque R 5ª R
3 Rª toma P ?
4 Rª 3ª R jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 397.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

CARON.

¿Dicesme, de verdad, Mercurio, que el emperador mismo dió esa respuesta?

MERCURIO.

El mismo y aun mucho mejor que yo lo digo.

CARON.

Dígame de verdad que no vi mejor cosa en mi vida.

MERCURIO.

Esto hecho, el rey d'armas de Inglaterra, como hombre mas experto en el oficio, quiso decir de palabra lo que en escripto le habian dado que dijese, y en conclusion, contenia lo mismo que el cartel del rey de Francia, sino que venia muy mas soberbio y muy mas desvergonzado, diciendo que por fuerzas d'armas le haria hacer, lo que no queria por amor.

CARON.

Oh ¡hi de puta que roldanes! ¿Por fuerza d'armas? ¿Cómo, tirando flechas en el aire? ¿Sabes qué pienso, Mercurio? Que ha permitido Dios que aquel cardenal que me decias esté cabe el rey de Inglaterra, porque haciendo lo que hace sean los mismos ingleses causa de su propio castigo.

(Se continuará).

El monumento de Chatillon.

Damos hoy la vista del último de los cinco monumentos cuya ereccion en los diversos campos de batalla de las cercanías de Paris se decidió en el año que siguió á la guerra, por el Consejo general del departamento del Sena. Es el monumento de Châtillon.

Compónese este monumento de una pirámide sobre base almenada. En una de las caras de la pirámide hay una palma con un escudo, en el que se lee: 1870, Châtillon.

Debajo están grabadas en la piedra estas palabras: Paris á sus defensores.

Al pié de la base aparecen las armas de la villa de Paris con una rama de laurel y la divisa: Fluctuat nec mergitur.

El monumento está situado en el punto culminante de la planicie de Châtillon, al frente del lugar que ocupaban las baterías prusianas. Desde ese punto elevado se descubre un magnífico panorama. Delante está Montmartre, á la izquierda el viaducto de Arcueil, á la derecha la vista de la gran ciudad, en donde se destacan los principales monumentos como los Inválidos, el Panteon, el Val de Gracia y tantos otros que conservan señales de las bombas alemanas. R. S.

El aeronauta del Richard Wallace.

Emilio Lacazes, cuyo retrato damos en esta página, es el aeronauta que salió de Paris, con el globo el Richard Wallace, en la mañana del 28 de enero de 1871.

Tenia el encargo de llevar á Burdeos la noticia y cláusulas del armisticio que iba á abrir las puertas de la capital. El desgraciado jóven no cumplió su mision. Unos campesinos le vieron pasar cerca de Angulema, y luego unos pescadores de la Rochela distinguieron un globo que por las señas era el Richard Wallace, y que el viento empujaba rápidamente dentro del Océano. Despues no se oyó hablar ni del globo ni del aeronauta.

Emilio Lacazes habia cumplido treinta y un años. Nacido en Paris, formaba parte del cuerpo de enfermeros militares antes de la guerra. Desde el principio del sitio fué agregado á la estacion aeronáutica del ferro-carril del Norte, donde se habia hecho querer de todos sus compañeros. Se supone que era huérfano, pues no se le conocia familia. El retrato que publicamos es copia de una fotografia que ofrece el grupo formado de los aeronautas de la compañía Nadar.

Parece ser que la sociedad del Sport aéreo se prepara á dar próximamente un concierto cuyo producto se aplicará á la construccion de un monumento en honor de Emilio Lacazes y de su hermano de armas el marinero M. Prince, sumergido como él dos meses antes, en las olas del Océano Atlántico.

Los aeronautas se honran á sí mismos no olvidándose de sus mártires. W. DE F.